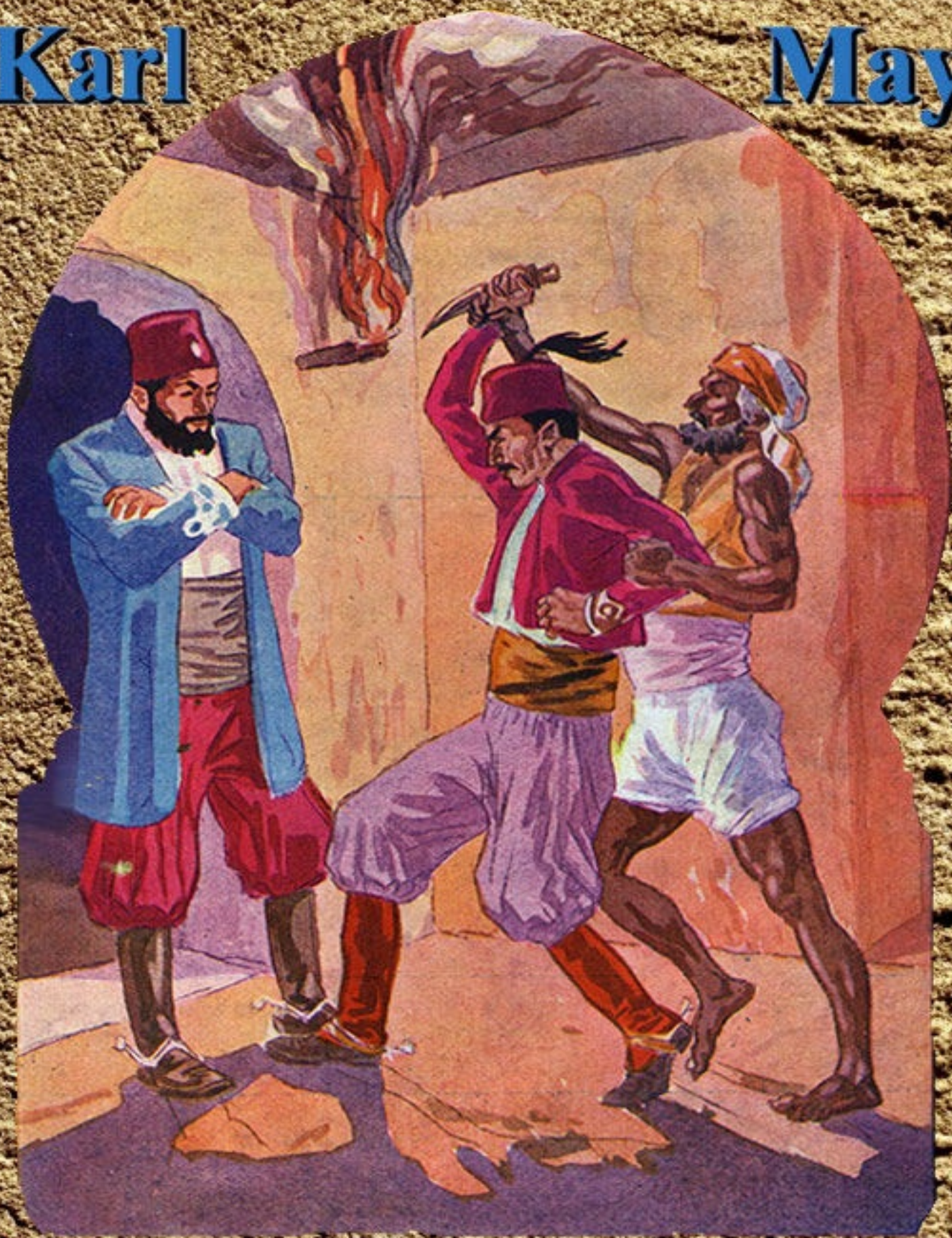


# POR TIERRAS DEL PROFETA

Karl

May



13

LOS CONTRABANDISTAS BÚLGAROS

de

El autor, llamado Kara Ben Nemsi (Carlos, hijo de los alemanes), recorre, en unión de su fiel criado Hachi Halef Omar, el desierto del Sur de Argelia, con sus peligrosos «chots», y la Regencia de Túnez, y después de cruzar la Tripolitania, llega a orillas del Nilo, corriendo diversas aventuras.



Karl May

# Los contrabandistas búlgaros

Por tierras del Profeta I - 13

ePub r1.3  
Titivillus 20.04.16

Título original: *Die bulgarischen Schmuggler*

Karl May, 1896

Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



# LOS CONTRABANDISTAS BÚLGAROS

## Resumen de los episodios anteriores

El autor, llamado Kara Ben Nemsí (Carlos, hijo de los alemanes), ha recorrido, en unión de su fiel criado Halef Omar, desde el desierto del Sur de Argelia hasta Estambul o Constantinopla, entre constantes y peligrosísimas aventuras. En un gran oasis africano han perdido el rastro del criminal Hamd el Amasat, autor, entre otros delitos, de los asesinatos del francés Galingré y del guía Sadek, devorado éste por uno de los terribles «chots» argelinos. En Estambul se encuentra el autor con Omar, hijo del guía Sadek, quien va siguiendo al asesino de su padre y se incorpora a la persecución emprendida por Kara Ben Nemsí contra Hamd el Amasat, su hermano Barud y toda la cuadrilla de forajidos que tienen sumidas en el terror a las principales poblaciones de Turquía, y que han huido hacia los Balkanes. Componen la partida de perseguidores, escoltada por tres kavases o soldados de policía, el autor, su criado Halef, Omar el hijo de Sadek, y un rico comerciante montenegrino llamado Osco, padre de una joven salvada anteriormente por Kara Ben Nemsí.

# CAPÍTULO 1

## Alcalde y sereno

S alí, pues, de Andrinópolis, en compañía de Halef Omar y Osco, y escoltado por los tres kavases. Habíamos caminado poco trecho, cuando oímos detrás de nosotros el galopar de un caballo. Volvimos inmediatamente la cabeza y vimos a un jinete que trataba de alcanzarnos a galope tendido. Acortamos el paso para facilitar su intento y pronto conocimos a Malhem, portero de Hulam, montado en un animal muy cargado, del cual saltó al suelo en cuanto estuvo junto a nosotros.

—¡*Salam!* —exclamó lacónicamente.

Devolvimos el saludo y a nuestra mirada interrogativa contestó Malhem diciendo:

—Perdona, *effendi*, que interrumpa tu rápido viaje; pero mi señor me ha ordenado que te siga.

—¿Para qué? —le pregunté.

—Para que te entregue este caballo.

—¿Qué carga es esa que lleva?

—Provisiones y otras cosas que os vendrán muy bien en vuestro viaje.

—Estábamos ya provistos para varios días de camino.

—Mi señor pensó que acaso los que perseguís se desvíen de la carretera y se internen en los montes, donde hallaríais pasto para los caballos, pero nada para alimentaros vosotros.

—Tu amo es muy bondadoso; pero ese caballo tan cargado nos hará retrasar la marcha.

—Así me lo han mandado y he de obedecer. *Varin saglik ile Allah jol achliklighi*; conservaos buenos y que Alá os dé un buen viaje.

Y diciendo esto me volvió la espalda y echó a correr hacia la ciudad.

Halef hizo dar media vuelta a su caballo en la misma dirección y me preguntó:

—¿Voy detrás, *effendi*?

—¿Para qué?

—Para cogerle y traértelo aquí a recibir tus órdenes.

—No; déjalo que se vaya. No tenemos tiempo que perder.

—¿Qué habrá envuelto en esas mantas y esterillas?

—No nos interesa saberlo ahora; ya lo veremos esta noche cuando tengamos que hacer alto. Coge al caballo de la brida y adelante.

Continuamos la marcha yendo yo a la cabeza, con objeto de estudiar las huellas, aunque no era probable que las hallase.

El camino, sin ser verdadera carretera, era bastante frecuentado. Mi pequeño *hachi* había tenido mucha razón al decir que allí no nos sería tan fácil seguir la pista

de los fugitivos como en el Sahara; por eso no se fijaban mis ojos en el centro del camino sino en la orilla opuesta a la del río. Mientras no hallara señales de que los tres jinetes en cuya persecución íbamos se habían separado de la dirección que nosotros llevábamos, podíamos tener la seguridad de que los teníamos por delante.

Encontramos unos cuantos jinetes, unas carretas pesadas y algunos peatones, pero nada les preguntamos, pues como los fugitivos habían pasado la víspera por allí, ninguno de ellos podía haberlos visto.

Tampoco me detuve en los caseríos que hallábamos al paso, por la sencilla razón de que en ellos no se bifurcaba ningún camino que hubiera podido tomar Barud el Amasat. Pero al llegar a la aldehuela de Bu-kiöi, de donde partían varios, senderos, pregunté al primer vecino que pasó:

—¡*Salam!* ¿Hay en este poblado, que Alá bendiga, algún *bekchi*<sup>[1]</sup>?

El interpelado llevaba al costado un gigantesco chafarote, una temible porra en la derecha, y sobre el fez un pañuelo, que en otro tiempo debió de ostentar algún color pero que entonces era una pura mugre; en cambio iba descalzo. Me miró un buen rato y se dispuso luego a contemplar con la misma ecuanimidad al resto de mi escolta, de modo que hube de preguntarle impaciente:

—¿Contestas o qué?

—*Sabr', sabr'*<sup>[2]</sup> —me contestó sin alterarse.

Y apoyándose en su porra sometió a tan detenida inspección al pequeño Halef Omar, que éste echó mano a su látigo y se lo mostró, diciendo:

—¿Conoces este artefacto?

El otro se puso a la defensiva y sacando el sable, replicó:

—¿Y qué te parece éste, pequeño?

¡Pequeño! No habría podido hallar mayor insulto para mi *hachi* que recordarle su menguada estatura. Así es que Halef levantó el látigo, e iba ya a descargarlo sobre la espalda del desconocido, cuando me interpuse yo entre los dos, diciendo:

—Nada de ligerezas, Halef, este hombre me contestará debidamente.

Y sacando del bolsillo una moneda, se la enseñé al del sable y le dije:

—Ea, contesta, ¿hay sereno en el pueblo?

—¿Me das el dinero?

—Sí.

—Pues venga —exclamó tendiendo la mano.

—Primero contesta.

—Pues, sí; hay sereno; y ahora vengan esas monedas.

Le alargué unas paras diciéndole:

—Aquí las tienes. ¿Dónde vive ese sereno?

El hombre aquel, después de meterse el dinero en el bolsillo, me preguntó riendo burlescamente:

—¿Pagas también la contestación?

—Ya estás pagada.

—La primera sí, pero no la segunda.

—Bueno, aquí tienes dos paras más. Conque ¿dónde vive el *bekchi*?

—En la última casa del pueblo —respondió el hombre, señalando un techado que calificó de casa y que no merecía ni el nombre de choza, sino a lo sumo de establo.

Nos dirigimos al sitio que nos indicaba y llegamos a un edificio ruinoso, sólo de planta baja; y al apearme yo para penetrar por el agujero que servía de entrada, asomé por el mismo una mujer, atraída por las pisadas de los caballos.

—¡*O jazik! Ach gözüni*<sup>[3]</sup> —exclamó retirándose al interior.

Llevaba la cara sin velar, de lo cual no teníamos nosotros la culpa, e iba descalza. Su cuerpo estaba envuelto en un mantón hecho jirones y sus pelos parecían una fábrica de fieltro en miniatura. El agua no debía de haber tocado su epidermis desde tiempo inmemorial.

Creí que no volvería a salir; pero al cabo de un rato y después de lanzar yo unas enérgicas exclamaciones de impaciencia, reapareció con el rostro tapado por el fondo de una canasta rota. Al través de las rendijas del trenzado de mimbres, podía vernos sin que a nosotros nos fuera posible recrearnos en su hermosura.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—¿Vive aquí el sereno? —repetí yo.

—Sí.

—¿Eres su mujer?

—Soy su única esposa —respondió altivamente, para darnos a entender que era dueña absoluta del corazón de su noctámbulo bajá.

—¿Está en casa?

—No.

—¿Dónde se halla?

—Ha salido.

—¿Para dónde?

—A cosas de su cargo.

—¡Pero si es de día aún!

—No importa, no sólo vela de noche, sino también de día, por la seguridad de los súbditos del Padichá. Además, no sólo es *bekchi*, sino también servidor del kiaya, cuyas órdenes tiene que ejecutar.

El kiaya es el alcalde, y al momento me acordé del hombre del sable. Me volví, y, en efecto, le vi llegar al chamizo con paso lento y majestuoso.

Cansado y aburrido le miré con cara feroz y le salí al encuentro, diciéndole:

—¿Conque tú eres el sereno?

—Sí —replicó en tono altanero y satisfecho.

Hachi Halef Omar comprendió que no estaba yo de buen talante y acercando su caballo al sereno, me miró fijamente. Yo, que entendí lo que él quería, incliné ligeramente la cabeza.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando te pregunté? —le dije en tono autoritario.



—Porque no me dio la gana. ¿Te queda dinero?

—Bastante para todas tus contestaciones, y para pagártelas por adelantado.

A una seña mía el látigo de mi pequeño Halef cruzó la espalda del vigilante de los súbditos del Padichá. El hombre quiso dar un salto atrás; pero el caballo de Halef le apretaba contra la pared y el látigo siguió cayendo sin reposo.

Al fustigado no se le ocurrió siquiera hacer uso del sable ni de la porra; todas las fuerzas se le iban por la boca, que chillaba en todos los tonos de la escala, acompañada por la única esposa, la cual, dando al olvido su dignidad y su recato, tiró al suelo el fondo de cesto que le había servido de velo, corrió a coger la cola del caballo del *hachi* y tirando de ella con todas sus fuerzas, gritó enfurecida:

—¡*Vai bachina, vai bachina!*<sup>[4]</sup> ¿Cómo te atreves a ofender al predilecto del Padichá? ¡Atrás, atrás! ¡*Bre, bre!*<sup>[5]</sup>

A los gritos de aquella voz chillona, se abrieron las puertas de las casas y chozas vecinas y acudieron hombres, mujeres y niños, al enterarse del motivo de la algazara.

Hice una seña a Halef para que diera fin a sus latigazos y así lo hizo. El sereno, que llevarla encima sus diez o doce, y de los buenos, dejó caer la porra al suelo, sacó el sable de la vaina y mientras se frotaba con la izquierda la acardenalada espalda, gritó:

—¿Qué has osado hacer, temerario? ¿Quieres que le acorte más la estatura, segándote la cabeza? Todo el municipio se levantará contra ti para hacerte trizas.

Halef asentía riendo a carcajadas e iba a contestar cuando se abrió paso hasta mí un hombre, preguntando bruscamente:

—¿Qué pasa? ¿Quiénes sois?

Por lo visto tenía en mi presencia al señor alcalde; pero no hice más que replicarle:

—¿Y tú, quién eres?

—Yo soy el kiaya de este pueblo. ¿Quién te ha facultado para pegar a mi kavás?

—Su conducta.

—¿Cómo?

—Le he pedido ciertos informes y se ha negado a dárme los, exigiendo que le pagara cada pregunta que le hacía.

—Puede vender sus respuestas al precio que quiera.

—Y yo puedo pagárselas en la forma que me convenga. Ahora las ha cobrado por adelantado y contestará mal que le pese.

—No diré una palabra —gruñó el sereno furioso.

—En efecto, no contestaré —afirmó el kiaya—. Habéis maltratado a mi criado y seréis castigados. Seguidme inmediatamente; examinaré el asunto y se os dará vuestro merecido.

Al oírlo Halef levantó el látigo y me preguntó:

—*Effendi*, ¿me permites que haga probar al kiaya de Bu-kiöi mi hermosa piel de hipopótamo?

—Ahora no, más adelante —le contesté.

—¿Qué dices, perro? ¿Pretendes castigarme? —gritó el alcalde fuera de sí.

—Es probable —contesté tranquilamente—. Tú eres el kiaya del pueblo, según dices; pero todavía no sabes quién soy yo.

El hombre guardó silencio. Mi observación pareció sumirle en un mar de confusiones, y yo continué:

—¿Has llamado a ese hombre tu kavás?

—Porque lo es.

—Faltas a la verdad. ¿Dónde ha nacido?

—Aquí.

—¿Y quién te ha dado autoridad sobre él? Es un vecino del pueblo y lo has convertido en tu criado, pero no tiene relación alguna con la policía. En cambio, mira a estos tres que me escoltan, y que llevan el uniforme del Gran Señor, y verás la diferencia. Tú tienes un sereno, mientras que a mí me escoltan tres kavases de veras. ¿No te da eso a entender que hay un abismo de distancia entre tú y yo?

Para dar más fuerza a mis palabras, Halef le metió por los ojos el látigo, que le hizo retroceder lleno de espanto. También los curiosos se echaron para atrás y por las miradas que me dirigían comprendí que empezaban a tenerme por un gran personaje.

—¡Ea, contesta! —insistí con altanería.

—Señor, dínos quién eres —balbució en tono de súplica.

Halef se adelantó entonces gritando:

—¡Miserable gusano! ¿Cómo te atreves a pretender que mi señor te diga quién es? Sin embargo, yo usaré de misericordia contigo, declarándote que te hallas en presencia del muy alto y muy noble Hachi Effendi Kara Ben Nemsí Bey, a quien Alá conceda muchos miles de primaveras, sin contar los inviernos. Me figuro que alguna vez habrás oído hablar de su grandeza.

—Nunca, jamás —replicó el interpelado con toda sinceridad.

—¿Qué dices? —rugió Halef indignado—. ¿Quieres que estruje tu cerebro hasta que destile la idea conveniente? ¡Piensa lo que dices!

—En efecto, he oído hablar de tu señor —acabó por confesar el kiaya, muerto de miedo.

—¿Acaso una sola vez?

—No, muchas, muchísimas veces.

—Esa es tu fortuna, pues en caso contrario te habría cogido preso y enviado a Estambul para ahogarte en el Bósforo. Ahora pon atención en lo que va a decirte ese gran *effendi* y *emir*.

Al decir esto hizo apartar su caballo y aunque sus ojos chispeaban de fingida cólera por sus labios erraba una sonrisa, la cual me hizo sospechar que el buen *hachi* hacía grandes esfuerzos por no soltar la carcajada.

El grupo que presenciaba el incidente quedó pendiente de mis labios, mientras yo, tranquilizando al kiaya, le dije:

—No he venido para haceros mal alguno; pero estoy acostumbrado a que se me conteste pronto y bien a lo que pregunto. Ese sereno se ha negado a informarme como era debido y ha tratado de explotar mi ignorancia, por lo cual le he mandado castigar. De él dependerá no verse sometido al apaleo.

Al decir esto miré al sereno, a quien el alcalde hizo una seña y dijo en voz baja:

—¡Por Alá, contesta pronto!

El nocturno guardián de los súbditos del Padichá adoptó una actitud marcial, como si viera en mí al dueño y señor de todos los fieles, y me dijo humildemente:

—*Effendi*, pregunta lo que quieras.

—¿Has velado toda la noche?

—Sí.

—¿Cuántas horas?

—Desde el oscurecer hasta la madrugada.

—¿Han pasado forasteros por el pueblo?

—No, señor.

—¿No atravesó nadie el poblado esta noche pasada?

—No, señor.

Pero antes de contestar vi que su mirada interrogativa buscaba la del kiaya, cuyo rostro no podía yo ver; pero me bastó este dato para no dar crédito a sus palabras. Por eso le dije severamente:

—Mientes.

—Señor, digo la verdad.

Me volví rápidamente y vi que el alcalde se llevaba el índice a la boca. Primeramente había invitado al sereno a contestarme y ahora le hacía señas de que callara. Esto me dio que pensar; y así pregunté al sereno:

—¿Ni has hablado con ningún forastero?

—No.

—Está bien. Tú, kiaya, ¿dónde vives?

—En la casa de enfrente —respondió.

—Tú y el *bekchi* me acompañaréis a tu vivienda, pues tengo que hablaros a solas.

Y sin volver la cabeza, me dirigí a la casa indicada y transpuse el portal.

La casa estaba construida a estilo búlgaro, y se componía de una sola habitación, dividida, por tabiques formados por un trenzado de juncos, en varios departamentos. En el primero encontré una silla, que ocupé acto continuo.

Ni el kiaya ni el sereno se atrevieron a resistirse y me siguieron sin chistar. Por un agujero que hacía oficios de ventana vi que afuera seguían los curiosos, aunque a respetable distancia de mi escolta.

El kiaya y su subordinado se encontraban en situación poco envidiable. Temblaban los dos de miedo y era conveniente aprovechar su terror.

—*Bekchi*, ¿te ratificas en lo que me has dicho? —pregunté al sereno.

—Sí, señor.

—Y eso que me has engañado...

—Yo no he mentido.

—Has mentido, y sólo por obedecer al kiaya.

El alcalde protestó aterrado:

—*Effendi!*

—¿Qué hay? ¿Lo niegas?

—No he dicho al sereno ni una sola palabra.

—En efecto; pero le has hecho señas.

—No, no.

—Sois un par de embusteros. ¿No conocéis la anécdota del judío, que se ahogó porque para dormir se tiró al pozo?

—Sí, señor.

—Pues eso mismo os ocurrirá a vosotros. Os habéis tirado de cabeza a vuestra perdición y lograréis que las aguas os aneguen; mas no quiero veros perdidos, sino preveniros. Os lo digo aquí para que los demás vecinos no se enteren de que habéis dicho una mentira. Ya veis si soy indulgente con vosotros; pero en cambio exijo que me digáis la verdad.

—Ya la hemos dicho —insistió el kiaya.

—Ea, confesad de plano; ¿no han pasado esta noche unos forasteros por el pueblo?

—No, señor.

—¿No visteis pasar a tres jinetes?

—No, señor.

—Dos iban montados en caballos tordos y el otro en uno negro.

—No hemos visto a nadie.

—¿Ni os han hablado tampoco?

—¿Cómo habían de hablarnos si no han pasado por aquí? Al pueblo no ha llegado ningún forastero.

—Está bien; he tratado de salvaros y vosotros os empeñáis en perderos. Tanto peor para los dos. Ya que insistís en engañarme, os llevaré a Edreneh, donde os entregaré al *valí*<sup>[6]</sup>. Tengo aquí tres kavases que se encargarán de conducirlos. Allí no andarán con rodeos y pronto darán cuenta de vosotros. Id a despediros de vuestras familias.

Yo conocí que los dos estaban espantados. Sólo el kiaya osó balbucir:

—*Effendi*, tú te chanceas.

—¿Me chanceo, eh? —exclamé levantándome de mi asiento—. Ya no hay más que hablar, voy a llamar a mi gente para que os prendan.

—¡Pero si somos inocentes!

—Ya se probará que sois culpables, y entonces daos por perdidos. Tenía interés en salvaros, pero os empeñáis en el mal y sufriréis las consecuencias de vuestra obstinación.

Y me dirigí a la puerta; pero el kiaya se me adelantó y cerrándome el paso me dijo:

—*Effendi*, ¿de veras querías salvarnos?

—Sí.

—¿Y sigues en tu propósito?

—Ya no tanto, sois reincidentes.

—¿Y si confesáramos la verdad?

—Entonces, ya veríamos.

—¿Tendrás compasión de nosotros y nos dejarás a todos en libertad?

—Déjate de preguntas, que a ti sólo te toca contestar. Lo que disponga luego, ya lo sabréis; pero tened entendido que no soy cruel ni sanguinario.

Miráronse perplejos los dos; luego el sereno levantó una mano en actitud de muda súplica.

—¿Y no sabrá nadie lo que te digamos, *effendi*?

—Difícilmente.

—Pues bien, escucha y sabrás la verdad. No salgas, que a todo contestaremos.

## CAPÍTULO 2

### Nuevas noticias

- V**olví a sentarme y dirigiéndome al sereno, repetí:
- ¿Han pasado forasteros por el pueblo la noche anterior?
- Sí, señor.
- ¿Quiénes eran?
- Después de las doce pasó una carreta de bueyes y luego esos que dices.
- Tres jinetes, ¿verdad?
- Sí, señor.
- ¿Cómo eran los caballos?
- Dos tordos y uno negro.
- ¿Hablaron contigo?
- Sí, señor, yo estaba en medio de la calle cuando se acercaron.
- ¿Te hablaron los tres?
- No, señor, uno solo.
- ¿Qué te dijo?
- Me mandó que no dijera a nadie que los había visto, aunque me lo preguntaran, y para que callara me dio un *bakchich*.
- ¿¡Cuánto te dio!?
- Dos piastras.
- ¡Ah, eso es mucho, muchísimo! —dije riendo—. ¡Y por dos míseras piastras has hollado la ley del Profeta diciendo mentiras!
- Effendi*, no tienen toda la culpa las piastras.
- ¿Pues quién?
- Me preguntaron cómo se llama el kiaya y cuando se lo dije me mandaron que los acompañara a su casa al instante.
- ¿Conocías a alguno de los jinetes?
- No, señor.
- Mas, al parecer, ellos conocían al kiaya, puesto que deseaban hablarle. ¿Los condujiste aquí?
- Sí, señor.
- Entonces me volví al alcalde, que, por lo visto, estaba más apurado que el sereno. Su mirada inquieta decía claramente que no tenía la conciencia limpia. Así es que observé:
- ¿Insistes aún en que no pasaron viajeros por el pueblo?
- Señor, tenía miedo —replicó azorado.
- Quien teme es porque hace algo malo, tú mismo te descubres.

—Señor, no creo haber faltado en nada.

—Entonces ¿a qué esos terrores? ¿Tengo yo cara de hombre que asusta a los inocentes?

—No es a ti a quien temía.

—¿A quién, pues?

—A Manach el Barcha.

—¿Con que le conoces?

—Sí, señor.

—¿Dónde os conocisteis?

—En Mastanly e Ismilán.

—¿Cómo y dónde le encontraste?

—Es recaudador de contribuciones en Uskub y había ido a Seres a entendérselas con sus vecinos. Desde allí visitó la feria de Menlik.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace dos años. De la feria pasó a Ismilán y Mastanly, donde nos conocimos.

—¿Hablaste con él?

—No; pero después supe que había recaudado la contribución a una tarifa más alta de la debida y tuvo que huir. Entonces se fue a la montaña.

«Irse a la montaña» significa, como he dicho en otras ocasiones, meterse a bandolero, por lo cual le dije al kiaya en tono severo:

—Entonces tu obligación era detenerle.

—¡*Effendi!* ¿Quién se atrevería?

—Era tu deber.

—Pero habría causado mi muerte. Hay mucha gente «en la montaña». Todos los barrancos y cavernas de los montes están llenos de bandidos y sus partidarios se cuentan por centenares. Están confabulados y unos vengan a los otros. Si me hubiera atrevido a tocarle al pelo de la ropa, a estas horas habrían venido ya sus partidarios a matarme.

—Eres un cobarde, que no se atreve a cumplir con su deber. No deberías seguir ni un momento en el cargo de alcalde.

—¡Ay, señor! Estás muy equivocado si piensas que sólo temo por mí; lo hice en favor de todo el pueblo, que habrían arrasado sin compasión.

En esto se abrió la puerta y asomó la cabeza del pequeño Halef.

—*Sidi*, tengo que hablarte —me dijo en árabe, o más bien en el dialecto del Sahara occidental, a fin de que el kiaya y el sereno no le entendieran.

—¿Qué pasa? —le respondí.

—Sal enseguida —insistió sin darme más explicaciones.

Le seguí acto continuo, pues comprendí que la comunicación debía de ser importante.

—Habla —le dije en voz baja.

—*Sidi* —continuó Halef con el mismo misterio, para que los demás no se

enterasen—. Uno de los vecinos me ha hecho una seña disimulada y ha desaparecido detrás de la casa. Le he seguido con todo el sigilo posible y me ha propuesto comunicarme algo que nos interesa, por el precio de diez piastras.

—¿Dónde se halla ahora?

—Nos aguarda detrás de la casa.

—¿Y no te ha dicho más?

—Ni una palabra.

—Voy a verlo. Quédate tú aquí, para que esos dos no puedan confabularse contra nosotros.

Diez piastras, aproximadamente diez reales, no eran mucho por una revelación importante. Salí a la calle, no por la puerta principal, sino deslizándome por un estrecho pasillo que daba al corral, dentro del cual vi varios caballos y junto a ellos a un hombre que al parecer me aguardaba. Al verme se me acercó rápidamente y me dijo en voz baja:

—¿Estás dispuesto a pagar, *effendi*?

—Sí.

—Pues venga el dinero —siguió con igual tono.

—Ahí va —y le alargué la cantidad pedida, que desapareció inmediatamente en el fondo de su bolsillo.

—Aquí estuvieron —me dijo el hombre.

—Ya lo sé.

—Él les cambió un caballo.

—¿Cuál?

—El que está en aquel rincón. Querían que los tres fuesen tordos y por eso dejaron el negro.

Dirigí la vista al animal que me señalaba, cuyo pelo coincidía con los datos que me habían dado.

—¿Es eso todo lo que sabes?

—Aguarda. Poco después del mediodía ha llegado otro jinete, preguntando por los tres de anoche.

—¿Adónde ha ido a preguntarlo?

—A mi casa, por eso lo sé. Estaba yo en la puerta, cuando se ha acercado a preguntarme por tres jinetes montados en dos tordos y un pelinegro. Como no sabía nada, le he enviado al sereno y éste le ha llevado al kiaya.

—¿Ha estado mucho tiempo en la alcaldía?

—No, parecía tener mucha prisa.

—¿Podrías describírmelo?

—¡Ya lo creo! Montaba un overo bañado en sudor, llevaba fez rojo, y como iba envuelto en un *binisch*<sup>[7]</sup> largo y gris, sólo he podido verle las rojas *kundurra*<sup>[8]</sup>.

—¿Lleva barba?

—Fuera de un pequeño *bichik*<sup>[9]</sup> rubio, iba afeitado.



—¿Qué dirección ha tomado?

—Hacia Mastanly. Pero no sabes lo mejor, y es que el kiaya tiene en Ismilán una hermana, cuyo marido es hermano de la Chuta.

En efecto, este dato era tan importante, que al oírlo la sorpresa me hizo dar un paso atrás. En la península balcánica no ha podido ser dominado nunca el bandolerismo y la prensa no ha cesado de relatar motines, atracos, incendios y otros excesos por el estilo, que dan a conocer la escasa seguridad que reina en los Balkanes. Allá, arriba, en los montes de Char-Dagh, entre Prisrend y Kakandelín, dio mucho que decir un *skipetar* o albanés que con los descontentos que se le habían unido, recorría la sierra Kurbleska-Planina y bajaba a los valles del Babuna. Se decía que incluso le habían visto en los barrancos de Perín-Dagh y que en las soledades del Despoto-Planina tenía muchos partidarios.

Su verdadero nombre no lo conocía nadie y le llamaban El-Asfar, Sayrik o Chut, según el idioma que se empleaba, pues las tres voces significan «el Amarillo». Acaso debiera este color a haber padecido de ictericia. Chuta es el femenino serbio de Chut y significa por tanto «la Amarilla».

Resultaba, pues, que la mujer del famoso *skipetar* era parienta próxima del kiaya y esto me daba mucho que pensar. Yo tenía que ocultarle lo que iba buscando.

—¿Tienes algo más que revelarme? —pregunté al confidente.

—No. ¿Es que no estás contento aún con lo que te he dicho?

—Sí lo estoy; pero dime ahora, ¿cómo es que vendes los secretos de tu alcalde a un extraño?

—*Effendi*, el kiaya es un mal hombre; ningún vecino le estima, pues todos padecemos sus injusticias.

—¿Sabe alguien que estás hablando conmigo?

—No, y te ruego que no se lo digas a nadie.

—Callaré.

Iba a alejarme, cuando me acordé de que había omitido lo más importante. Así fue que le pregunté:

—¿Eres conocido en Ismilán?

—Sí, señor.

—Entonces conocerás también al cuñado del kiaya, ese que tiene una hermana casada con el *skipetar*.

—¿Qué oficio tiene?

—Es *silahchi*<sup>[10]</sup> y tiene, además, un *kakwehane*<sup>[11]</sup> donde pone a la venta sus armas.

—¿Dónde vive?

—En la calleja que va al pueblo de Chatak.

—Gracias; pero ahora se tú tan callado como voy a serlo yo.

Y me interné por el pasillo hacia la habitación. No pude conocer en las caras del kiaya y del sereno si adivinaban que mi ausencia había tenido un motivo sospechoso

para ellos. En cuanto entré se retiró Halef y yo continué con ellos la interrumpida conversación.

—Pues, como íbamos diciendo, desearía saber qué es lo que quería el exrecaudador de Uskub.

—Me preguntó el camino —contestó el kiaya.

—¿Qué camino?

—El de Sofala.

Sofala está situado precisamente al Sur, y yo sabía muy bien que los jinetes se habían dirigido al Oeste. El bueno del alcalde se empeñaba en desviarme del verdadero rumbo. Yo no me di por enterado, sino que fingiendo dar crédito a sus palabras, continué:

—Manach el Barcha procedía de Edreneh, ¿no es esto?

—Así es.

—Entonces saldría de allí y pasando por Samanka, Chingerli y Orta-kiöi hacia el Oeste, torció aquí de repente hacia el Sur. Si quería ir a Sofala, podía ir derecho allá por Tatar, Ada, Charkandra, Demotika y Mandra, ¿por qué había dado, a causa de ese ángulo, un rodeo de dieciséis horas?

—No se lo pregunté.

—Y yo no lo entiendo.

—No conviene que le vean. Va perseguido y habrá querido dar esquinazo a los *labtié*<sup>[12]</sup> por si le perseguían.

—Es posible.

—¿También tú le buscas?

—Así es.

—Entonces toma el camino que le he indicado.

—Has hecho bien. ¿No hay en esa dirección Sur algún pariente o amigo tuyo que pudiera servirme en caso de necesidad?

—No; no tengo por ahí a nadie.

—Pero parientes sí tendrás.

—No tengo a nadie.

—¿Ni siquiera un hermano o cuñado?

—No conozco a nadie.

Mentía como un bellaco, y el sereno, que debía de estar bien enterado de los asuntos de familia de su jefe, no daba señal alguna de querer revelar la verdad. Aquellos dos hombres, no obstante tenerme por un elevado personaje, no cejaban en su empeño de engañarme. Yo, extraño y forastero en el lugar, que sólo podía contar con mis propias fuerzas, carecía de poder contra ellos. Sólo me quedaba la astucia como único recurso y ella me aconsejaba aparentar que daba crédito a las palabras del kiaya. Saqué mi libro de apuntes del bolsillo, lo hojeé como si buscara algo, y luego, haciéndoles ver que lo había encontrado, dije:

—En efecto, todo concuerda, el *staredrín* de Bu-kiöi es un funcionario duro e

injusto y además deja escapar fugitivos, en lugar de apresarlos... Se te...

—¿Yo duro? ¿Yo injusto? —me interrumpió el kiaya—. *Effendi*, es imposible que esa nota se refiera a mi persona.

—Pues ¿a quién sino a ti? Yo no tengo tiempo ahora que dedicarte; pero ten por seguro que cada injusticia que cometas tendrá su castigo. ¿Sabes lo que dice el Profeta acerca del *ujuhn Allah*<sup>[13]</sup>?

—Sí, *emir* —contestó muy cabizbajo.

—El ojo de Dios es más agudo que el puñal que penetra en el corazón para matarte. En efecto, llega hasta el alma y ante él en vano engañas y niegas. Acuérdate siempre de los ojos del que todo lo sabe, pues de lo contrario te irá mal, mucho peor que al *abid elasmam*<sup>[14]</sup>, a pesar de los *salamt*<sup>[15]</sup> que recitas con tanta puntualidad. Yo me marcho. Alá guíe los sentimientos de tu corazón y los pensamientos de tu frente. ¡*Allah yuse-bimak!*<sup>[16]</sup>

El kiaya se inclinó profundamente y contestó con el mayor respeto:

—¡*Nesinín sa'id!*<sup>[17]</sup>

El sereno a su vez me hizo tan profunda reverencia, que tocó con la cara en el suelo, mientras decía en turco:

—*Akibenitis chayir ola sultanum.*<sup>[18]</sup>

Me hablaba de vos y no de tú, lo cual constituía una gran cortesía; pero en cuanto estuve en la puerta oí que el kiaya, que acababa de desearme tantos años de bendición, gruñía furioso y colérico:

—¡*Ingali' min hon!*

Lo cual viene a ser lo que en árabe vulgar se expresa con las palabras *ruh lilchehennum* o sea; ¡vete al infierno!

Era, por tanto, de prever que mi piadosa amonestación le sería de escaso provecho.

Volvimos a montar a caballo y salimos del pueblo, pero no en dirección Oeste sino al Sur. Cuando lo hubimos perdido de vista, tomamos un sendero que conducía en línea recta a Gerén, un pueblo situado a hora y media del que acabábamos de dejar. Entonces reparé en que sólo nos seguían dos kavases.

—¿Dónde está tu subordinado? —le pregunté al kavás-bachí.

—Ha regresado a Edreneh —contestó tan tranquilo como si aquella dirección fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Por qué se ha ido?

—Porque no podía seguirnos.

—¿Cómo es eso?

—Sufría de *bach dómnesi golin*<sup>[19]</sup> y ya no podía aguantar más.

—¿De qué le provienen esos mareos?

—Del galopar del caballo —respondió muy serio.

—Pues ¿no decíais que montabais tan bien?

—Sí; pero es cuando no se mueve el caballo. Cuando el animal empieza a correr,

a saltar y a hacer cabriolas, no hay quien lo resista, y nos mareamos. Semejante movimiento sólo puede aguantarlo el estómago de un *Kassak russialy*<sup>[20]</sup>. Mis *bachirsak*<sup>[21]</sup> han desaparecido, se han escurrido hasta meterse entre las del caballo; así es que ni las siento ni las noto. Ya no me queda por salvar más que el *chalvar*<sup>[22]</sup>, que sigue pegado en el sitio en donde la piel, de tanto montar, se me ha desgastado. Si fuera yo el encargado de castigar al demonio, le condenaría a ir con vosotros a caballo hasta Menlik, de seguro que llegaría allí sin huesos ni pellejo y preferiría asarse en lo más profundo de los infiernos a seguir montando en este caballo.

La palinodia del *bachí* nos hizo reír a todos, aunque a mí me dio compasión su cara lastimera. En efecto, en el poco tiempo que hacía que caminábamos la piel se le había lastimado de mala manera, y a su subordinado debía de ocurrirle lo mismo, pues le oí refunfuñar entre dientes:

—¡*Vallahí, oile dir!*<sup>[23]</sup>

En esta queja reunió todos sus dolores; pero en el rostro se le veía que estaba sujeto a las mismas incomodidades corporales que su jefe.

—¿Quién le dio permiso para volverse? —pregunté yo.

—Yo mismo —respondió el *bachí* muy asombrado de que le hiciera semejante pregunta.

—¿Tú? Pues a mí me parece que debías consultarlo conmigo.

—¿Para qué? ¿Soy yo o eres tú el kavás-bachí?

—Tú, naturalmente, pero ya sabes que estás a mis órdenes y que sólo de mí has de recibirlas.

—Y del cadí, y éste no me ha mandado que a fuerza de montar haga tal agujero en el lomo del caballo que acabe por asomar sólo mi cabeza. ¡Cantaré y alabaré al Señor como los querubines cuando vuelva a verme en mi cuartel de Edreneh!

Entonces intervino el pequeño *hachi*, diciendo:

—¡Miserable! ¿Te atreves a hablar con tan poco respeto a mi *effendi*? Es tu señor y dueño por todo el tiempo que le acomode. Si te manda montar a caballo, montas y te callas, aunque te desuelles vivo y se te pegue el uniforme a los mismos huesos. ¿Por qué has sido tan bravucón echándotelas de jinete de primera?

—¿Qué dice ese hombrecillo? —replicó furioso el sargento—. ¿Cómo me ha llamado? ¿Miserable yo, sargento al servicio del Señor de los Creyentes? ¡En cuanto regrese a Edreneh se lo digo al cadí!

Halef, indignado, iba a contestar, pero se le adelantó Osco, quien cogiendo al caballo del kavás por las riendas, le dijo riendo, en serbio, su lengua patria:

—Venga acá *vacche prevachodstivo*<sup>[24]</sup>. Agárrese bien a la silla *viszoco blagorodni gospodine*<sup>[25]</sup> que ahora empieza la carrera.

Y partió a galope tendido arrastrando consigo el caballo del pobre kavás. Omar Ben Sadek cogió las riendas del otro y arrancó a escape en pos de los compañeros.

—¡Rayos y centellas! ¡Granuja! ¡Demonio! ¡Hijo del infierno, padre de la maldad, primo de una bruja, nieto del diablo! —oímos clamar a los dos funcionarios

de la policía, que se agarraban como desesperados a las sillas y las crines de sus rocines.

Nosotros los seguimos al mismo paso, con objeto de detenerlos, pues me daban lástima los desventurados jinetes, que al alcanzarlos yo estaban más muertos que vivos y se deshacían en interjecciones, a cuál más enérgica, en turco, árabe, persa, rumano y serbio. En este punto de la lingüística gozan los orientales, y en especial los soldados, de una habilidad tan varia como enérgica. Me costó gran trabajo amansar su fiereza y tardamos un buen rato en lograr que siguiéramos nuestro camino en la actitud pacífica y sosegada de antes.

Para variar de conversación empezamos a expresar nuestras respectivas opiniones acerca de lo ocurrido en Bu-kiöi.

A Halef, el más listo de mis compañeros, le chocó, como a mí, que al mediodía otro jinete preguntara por los tres a quienes perseguíamos, y manifestó su pensamiento, diciendo:

—Debe de conocerlos y estar enterado de su fuga. ¿Por qué no saldría junto con ellos y por qué los seguirá ahora?

—De seguro que es para enterarles de lo ocurrido.

—¿De qué estás libre otra vez?

—Eso mismo.

—¿Y de que cogiste a Alí Manach, el bailarín?

—Sin duda, y además para participarles que el tal danzante ya no existe.

—¿Qué dirá Barud el Amasat a todo esto?

—Se morderá los puños de rabia y de miedo, si es que el jinete llega a alcanzarle.

—¿Por qué no? Ha debido de galopar de firme, puesto que su caballo chorreaba de sudor.

—El animal es viejo, y si ha sudado tanto no resistirá mucho. Además yo he de hacer lo posible para que no logre su objeto.

—¿Por qué?

—Porque los fugitivos se enterarían de que he recobrado la libertad y de que se los persigue, y eso de ninguna manera me conviene. Cuanto más seguros se hallen más descuidados irán y más fácil nos será echarles el guante. Por eso desearía coger al mensajero.

—Nos lleva mucha delantera.

—¿Crees que mi Rih no sabe ya correr?

—¡Ah, *Sidi!* *Rih* quiere decir «Viento» y en efecto eso parece tu caballo. Hace tiempo que no ha tenido ocasión de demostrar que sus músculos son de acero. ¡Cuánto se alegraría el animal de poder volar como un huracán deshecho! Pero nosotros no podríamos seguirte.

—Tampoco hace falta, me adelantaré yo solo.

—¡Solo! ¿Y qué hacemos los demás?

—Seguirme a la mayor velocidad posible.

—¿Adónde?

—Siguiendo siempre el camino de Mastanly, adonde voy yo, sólo que yo iré a campo traviesa. Como no puedo saber cuándo le alcanzaré, tampoco puedo decirlos dónde he de esperarlos.

—¿Y por ventura sabes si va derecho a Mastanly?

—Seguramente que no, pues la caminata sería demasiado penosa para su viejo caballo.

—¿Y si por casualidad le adelantas?

—Me detendré a esperarle.

—¿Y cómo averiguarás si ha pasado o no?

—Yo haré por saberlo.

—Pero como no conoces esta comarca, es fácil que te extravíes, y puede ocurrirte una desgracia. Convendría que te acompañara yo.

—No te apures, Halef amigo. Voy bien montado y armado para hacer frente a todas las contingencias. Además debes quedarte para servir a éstos de jefe y guía.

Esta insinuación halagó la vanidad del hombrecillo, que ya no se resistió a quedarse, y después cité darle mis instrucciones lo mismo que a Osco y Omar, y de discutir y tratar con ellos todos los accidentes posibles y probables, me volví hacia los kavases y no encontré más que al bachí.

—¿Y tu compañero? —le pregunté lleno de asombro.

El interpelado volvió a su vez la cabeza y exclamó consternado:

—¡*Effendi*, detrás de mí venía!

Su consternación no tenía nada de fingida, pues vi en su rostro tanta sorpresa como hubo de demostrar el mío ante la misteriosa desaparición de sus subordinados.

—Pero ¿qué ha sido de él? —insistí.

—¡Desaparecido, convertido en humo, evaporado, perdido, exterminado, borrado, digerido!

Soltó el bachí esta retahíla realmente confuso.

—Pero ¿no sabes dónde ha ido?

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Por ventura os habéis enterado vosotros? Voy en su busca y os lo traeré por una oreja.

Y volvió grupas para llevar a cabo tan heroico propósito, que le daba ocasión de tomar la del humo, siguiendo el ejemplo de sus subordinados.

—¡Alto ahí! —grité yo—. Tú te quedas; no hay tiempo que perder en buscar desertores ni menos para esperar que tú los traigas.

—Es que tiene obligación de escoltarte...

—Ya le ajustarás tú las cuentas cuando regreses a Edreneh. Ahora nos sigues sin más comentarios. Hachi Halef Omar, no quites la vista de encima a este *ombachí* a fin de que cumpla con su deber.

Y soltando las riendas a mi potro salí disparado y poco después había perdido de vista a mis compañeros.

## CAPÍTULO 3

### Un buen regalo

En aquella comarca los poblados se hallan dispuestos a estilo búlgaro. La aldea búlgara o *celó* suele estar muy alejada de las carreteras o de lo que suele honrarse con este nombre, y por tanto es invisible para la mayoría de los caminantes. Por lo general se extiende un *celó* a lo largo de una pradera, a orillas de algún arroyo, que les sirve de foso y defensa natural.

Cada uno de esos villorrios, que se suceden con bastante frecuencia, consta de unos cuantos cortijos, separados por praderas. De seis a diez chozas forman un cortijo, y estas chozas son de adobe, y están cubiertas con un techado cónico de paja o ramaje, o bien se construyen con enrejado de cañas y juncos y en tal caso tienen el aspecto de grandes cestos. Cada habitante tiene su vivienda aparte en estos cortijos, hay cabañas separadas para los cortijeros, para los caballos, los bueyes, los cerdos, las ovejas y las gallinas. Los animales salen a su antojo de tales viviendas y vagan pacíficamente por los distintos cortijos.

Carreteras a la europea no existen ni se conocen y ya es bastante el llamar camino a aquellas veredas. Al pasar de un *celó* a otro, en vano se buscaría una vía de comunicación que por lo menos pudiera llamarse sendero. El extranjero que no conozca el país y vaya a un lugar distante de poblado, al desviarse de los surcos trazados por las carretas de bueyes que sirven de carretera, ha de poseer el instinto de las aves de paso, aunque no tenga la suerte de éstas, que pueden cruzar libremente el espacio en todas direcciones, mientras que el caminante encuentra centenares de obstáculos.

Ciertamente fue una temeridad en mí dejar el camino trillado que conducía a Adachaly. Sólo sabía que Mastanly estaba sobre poco más o menos hacia el Sudoeste y había de tener en cuenta que encontraría a mi paso ríos invadables, valles profundos y bosques enmarañados.

Por entre sembrados, jardines de rosas poco abundantes en verdad, y praderas quemadas por el sol, costeano varias aldeas y poblados seguí adelante hasta que me vi precisado a preguntar camino.

Detrás de un vallado rústico hecho con mimbres entretejidos, vi por fin a un anciano que recogía hojas de rosa. Acerqué mi caballo a la valla y le saludé. El viejo, que no se había enterado de mi presencia, se asustó de oír mi voz; y como observé que estaba indeciso entre presentarse a mí o esconderse entre los espesos rosales, le tranquilicé con unas cuantas palabras que debieron de inspirarle confianza, pues se acercó a mí con lento paso, preguntando:

—¿Qué deseas?

Y me examinó al mismo tiempo de pies a cabeza, con ojos recelosos.

—Soy un *dilenchi*<sup>[26]</sup> —contesté—. ¿No me harías la merced de una *Gul-es-Semava*<sup>[27]</sup>? Veo que tu jardín está lleno de tan hermosa flor.

El hortelano, halagado, sonrió y me dijo:

—¿Desde cuándo los mendigos montan tan buenos caballos? No te conozco. ¿Eres forastero?

—Sí.

—¿Y te gustan las rosas?

—Mucho.

—Los hombres malos no son amigos de las flores. Yo te daré la más bella de mis rosas del cielo, entre capullo y flor, que es cuando su aroma es tan suave y embriagador que parece salir directamente del trono de Alá.

Y después de mucho escoger cortó dos hermosos capullos entreabiertos que me alargó por cima del seto, diciendo:

—Toma, forastero; sólo hay un olor que supere al de esta rosa.

—¿Cuál es?

—El del *tütün hebeli*<sup>[28]</sup>.

—¿Lo conoces tú?

—No; pero he oído hablar de él y alabarlo como uno de los aromas más exquisitos. Alá no ha consentido que llegara a gozarlo, aquí solamente fumamos *tütün mysr bughdayi*<sup>[29]</sup>.

—¡Hacha! ¡Scheni!<sup>[30]</sup>

El viejo asintió con un movimiento de cabeza y continuó:

—¡Si aquí somos todos pobres, muy pobres! Yo soy un viejo guardián de rosales y tengo que picar hojas de panizo si quiero tabaco.

—¡Y no obstante vendéis, tan cara vuestra esencia de rosas!

—¡Sus ol!<sup>[31]</sup> No seríamos tan pobres, pero la *Babi Humayun*<sup>[32]</sup> está siempre abierta para recoger todo lo que puede. ¡Los bajaes y ministros sí que fuman *chebeli*! Si al menos pudiera olerlo una vez, sólo olerlo, con eso me contentaría.

—¿Tienes tu pipa ahí?

—¡Alá bendito! ¿Cómo vivir sin *chibuqui*<sup>[33]</sup>?

Saqué entonces mi petaca y la abrí. El viejo me había mostrado tanta confianza, que quise darle una alegría y vi que clavaba ansiosamente los ojos en aquélla.

—¡Un *cheb tütünün*!<sup>[34]</sup> —exclamó—. ¿Verdad que hay ahí tabaco?

—Sí. Tú me has regalado dos de tus magníficas rosas, en cambio, yo te obsequiaré con mi tabaco.

—¡Oh, *effendi*, qué bueno eres!

Llevaba yo en el bolsillo unos cuantos sobres, uno de los cuales llené de picadura y se lo di al viejo, que lo olió con fruición, arqueó las cejas y me dijo:

—Esto no es hoja de maíz.



—¡Quía, hombre! Es *chebeli*.

—¡*Chebeli*! —exclamó—. *Effendi*, ¿no me engañas?

—Puedes creerme.

—Entonces no eres *effendi*, sino algún bajá o ministro...

—No, amigo mío; ese tabaco no lo fuma únicamente la Sublime Puerta. Yo he estado en la tierra donde se cosecha.

—¡Dichoso tú! Pero no hay duda que eres un gran señor...

—No lo creas, soy un pobre escritor, pero la Sublime Puerta me ha cedido un poco de *chebeli*.

—¿Y de ese poco me das a mí? Alá te bendiga mil veces. ¿De qué país eres?

—De *Nemche memleketi*.

—¿Es el mismo que llamamos Alemana?

—El mismo.

—Yo no había visto ningún *nemche* hasta ahora. ¿Es tu pueblo tan bueno como tú?

—Espero y deseo que todos sean como tú y yo.

—¿Y qué haces aquí, en *Osmanly memleketi*? ¿Adónde vas?

—A *Mastanly*.

—Pues te has desviado mucho del camino. Tienes que ir primero a Gerén y de allí a *Dere-kiöi*.

—Me he desviado a propósito con objeto de ir a *Mastanly* en línea recta.

—Eso es muy difícil para un extranjero.

—¿No podrías indicarme el camino?

—Lo intentaré. Mira al Sudoeste, allí donde el sol dora las cimas, están los montes de *Mastanly*. Ahora ya sabes la dirección. Tendrás que atravesar muchos pueblos, incluso *Kochikavak*, donde pasarás el río *Burgas* y verás a *Mastanly* al Oeste. Más claro no puedo explicártelo, pero mañana mismo por la noche estarás allí.

Esto me hizo sonreír y preguntarle:

—Tú no debes de ser jinete.

—No.

—Por eso no comprendes que hoy mismo pernoctaré en *Kochikavak*.

—Eso es imposible. ¿Acaso eres brujo?

—No; pero mi caballo corre como el viento.

—Sí; ya he oído decir que hay corceles muy veloces. ¿De modo que piensas pasar la noche en *Kochikavak*?

—No te quepa duda.

—Tanto mejor, y te advierto que no tienes necesidad de ir a ninguna hospedería, porque a la misma entrada del pueblo vive mi hermano *Chimín*, el herrero, que te recibirá muy bien.

El ofrecimiento no era de desdeñar, por lo cual le contesté:

—Muchas gracias, no dejaré de saludar a tu hermano de tu parte.

—Prométeme que pasarás la noche en su casa. Me has hecho participe de tu tabaco... ¡Oh, Alá, qué aroma despide! Parece el de la Kaaba en la santa ciudad de la Meca.

Hablando, hablando, el viejo había sacado y llenado su pipa y a la primera chupada rompió en exclamaciones de júbilo.

—¿Te gusta, eh? —le pregunté.

—¿Que si me gusta? Esto pasa por las narices como la luz del sol a través de la aurora matutina. Así deben de volar las almas de los justos a los siete cielos. *Effendi*, aguarda, que voy a buscar una cosa.

El viejo parecía hechizado, extasiado, y corría con toda la velocidad que le permitían sus piernas. Poco después volvió por detrás de los macizos de rosas, y me dijo aun antes de llegar a la valla:

—¡Adivina lo que te traigo, *effendi*!

—No veo nada.

—¡Oh! Es muy pequeño; pero iguala en valor a tu *chebeli*. ¿Quieres verlo?

—Enséñamelo.

—Aquí está. ¿Qué es?

Y me alargó una botellita minúscula, herméticamente cerrada, mientras volvía a preguntarme:

—Adivina lo que hay en el frasquito, *effendi*.

—¿Será agua de rosas?

Dije agua porque no me atrevía a suponer cosa mejor del pobre guardián del huerto, pero él me contestó en tono de reconvención:

—*Effendi*, tú me ofendes. Esto es esencia legítima de rosas, tan fina y sutil como no la has olido en tu vida.

—¿Quién te la ha dado?

—Nadie, es mía exclusivamente.

—¿Pues no dices tú que sólo eres guardián del huerto?

—En efecto, así es; pero mi amo me cede una parcela de terreno para mí, donde planto la clase más escogida de rosales; y a fuerza de ahorro y economía he logrado obtener dos frasquitos de esencia. Uno iba a vender hoy, pero me han engañado; el otro es tuyo porque yo te lo regalo.

—¿Qué dices, buen hombre?

—Que es tuyo, que te lo doy.

—Oye, ¿cómo te llamas?

—Yafiz.

—Pero, Yafiz, ¿te has vuelto loco?

—¿Por qué?

—Por pretender regalarme ese aceite.

—¿Aceite lo llamas? ¡Oh, no lo desprecies con semejante nombre, que es esencia exquisita y no aceite vulgar! En este frasquito viven las almas de diez mil rosas

soberbias. ¿Vas a rechazarlo?

—No debo aceptarlo.

—¿Por qué?

—Eres pobre y haría mal en despojarte.

—No lames despojo al regalo que te hago. Tu *chebeli* es tan precioso como la esencia.

Ya sabía que para extraer una triste onza de esencia, se necesitan seiscientas libras de hojas de rosa escogida, y por eso insistí:

—No puede ser; mi conciencia no me permite aceptar obsequio de tanto valor.

—¿Quieres entristecerme, *effendi*?

—De ningún modo.

—¿Ni ofenderme tampoco?

—Tampoco.

—Pues yo te aseguro que como rechaces mi regalo, lo derramo por el suelo.

Conocí que hablaba formalmente y hube de decirle:

—Alto ahí, ¿no has destilado tu perfume para venderlo?

—Sí.

—Pues bien, yo te lo compro.

El hortelano sonrió irónicamente al preguntarme:

—¿Cuánto das por él?

Saqué del bolsillo un puñado de plata, que era todo lo que estaba en situación de ofrecerle, y se lo alargué, diciendo:

—Esto doy.

El viejo tomó el dinero, lo contó y ladeando la cabeza dijo con sonrisa significativa:

—*Effendi*, tu bondad es más grande que tu bolsa.

—Por eso te ruego que te quedes con tu esencia, pues tú eres demasiado pobre para regalármela y yo no soy bastante rico para comprártela.

El hortelano se echó a reír y contestó:

—Soy bastante poderoso para regalarla, puesto que fumo tu tabaco, y tú eres bastante mísero para recibirla gratuitamente de mi mano. Guárdate el dinero.

Tal generosidad era demasiado grande para que pudiera yo aceptarla, y aunque me figuraba con razón que la cantidad que yo le había dado no era despreciable para él, también sabía que no volvería a tomar la botellita. Rechacé, pues, el dinero, declarando en tono resuelto:

—Nos obsequiaremos mutuamente sin echárnoslas de ricos; por lo cual juzgo lo mejor que cada cual se quede con lo que le da el otro. Cuando llegue felizmente a mi tierra, hablaré a mujeres hermosas, que se deleitarán con el aroma de tu esencia, del jardinero Yafiz, que tan obsequioso estuvo conmigo.

Esto pareció complacerle mucho. Sus ojos brillaron de alegría y sonriendo satisfecho me preguntó:

—¿Son las damas de tu tierra aficionadas a los perfumes, *effendi*?

—Sí; quieren mucho a las flores, sus hermanas.

—¿Y tendrás que caminar mucho hasta llegar a tu tierra?

—Semanas enteras. Tendré que dejar el caballo para navegar muchos días hasta coger el ferrocarril.

—Entonces estás muy lejos, muy lejos. Pasarás por comarcas peligrosas habitadas por mala gente.

—Es probable. Tengo que atravesar el territorio de «los que se han ido a la montaña».

El viejo se quedó pensativo, clavados los ojos en el suelo. Luego me miró atentamente y dijo:

—*Effendi*, el rostro del hombre es como la superficie de las aguas. Las hay tan limpias, puras y cristalinas, que convidan a hundirse en su brillante espejo. En cambio, las hay sombrías, espesas y sucias, que dan ganas de huir de ellas como si ocultaran un peligro. Las primeras se parecen al rostro del hombre bueno; las segundas al del malo. Tu alma es bondadosa y clara, tu mirada es franca y leal y en tu corazón no anidan ni la asechanza ni la traición. Quisiera revelarte algo que no he dicho nunca a nadie; y eso que eres forastero.

Las palabras del anciano me agradaron, aunque no tenía idea de lo que quería decirme, y hube de contestarle:

—Tus palabras sí que son tibias y luminosas como los rayos de sol que acarician las aguas del lago. Habla, que te escucho gustoso.

—¿Qué dirección vas a tomar cuando hayas llegado a Mastanly?

—Primero me encaminaré a Menlik, y allí resolveré por dónde he de continuar. Acaso me vea precisado a ir a Uskub y de allí a los montes de Kustendil.

—¡*Wullack!*<sup>[35]</sup> —exclamó el anciano, aterrado.

—¿Tan peligroso es el camino?

—Arriesgadísimo. Una vez que estés en Kustendil, para llegar al mar tienes que pasar el Char-Dagh hacia Perserín y allí se han refugiado los *skipetar* y los desertores. Estos son pobres, pues sólo poseen sus armas, y han de vivir del robo. Te lo quitarán todo, todo, incluso la vida.

—¡Ya sabré defenderla!

El viejo movió la cabeza con expresión de duda y me dijo:

—*Bir gench kan var on bin küstachlück*,<sup>[36]</sup> y tú eres muy joven aún. Es verdad que dispones de muchas y buenas armas; pero ¿de qué te servirán contra veinte o cincuenta enemigos ocultos?

—Mi caballo tiene alas.

—Aunque no soy perito en esto, comprendo que tu potro es de gran valor; pero te advierto que «los que se han ido a la montaña» también tienen caballos veloces y de sangre, pronto te darían alcance.

—Mi caballo es de pura raza; se llama «Viento» y vuela como el huracán.

—Pronto te alcanzarían sus balas, porque el plomo corre más que el caballo. Los *skipetar* son inteligentes en caballos y enseguida comprenderán que el tuyo supera a los de ellos, por lo cual no te esperarán a pecho descubierto, sino que te herirán por la espalda. ¿Cómo vas a evitarlo?

—Tomando precauciones.

—Tampoco te servirán, porque ya dice el refrán: «*Sakinma dir kavl kabahatun*»<sup>[37]</sup>. Tú eres un hombre honrado, y los bandidos serán cien veces más precavidos que tú. Permite, pues, que te avise.

—¿Tiene ese aviso alguna relación con lo que ibas a decirme?

—Mucha.

—Pues anhelo saberlo.

—Sólo te diré que hay un pasaporte de seguridad que únicamente poseen los amigos, protectores y aliados de los bandidos.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Es público y notorio, pero hay muy pocos que conozcan el modo de lograrlo.

—¿Y tú lo sabes?

—Yo tampoco. Como no salgo nunca de mi huerto, no tengo para qué viajar; pero Chimín, mi hermano, sí lo sabe. Puedo decírtelo porque tengo confianza en ti y vas a dejar pronto esta tierra.

—Pues me alegraría que tu hermano también tuviera en mí confianza.

—La tendrá cuando sepa que yo le envío.

—¿No podrías darme una carta, algo escrito...?

—No sé escribir; pero basta que le enseñes ese frasquito, que él conoce perfectamente, y le hará comprender que eres un hombre digno, pues él sabe que a ninguno que no lo merezca le vendería ni regalaría yo mi esencia. Cuando se lo enseñes dile que vas de parte de su *Oeye-kardach*<sup>[38]</sup> o de su *Yary-kardach*<sup>[39]</sup>. Nadie sabe que hemos tenido madres distintas, y cada vez que le envío algún recado así, el *Oeye* o el *Yary* sirve de señal de que el mensajero es de confianza.

—Gracias. ¿Crees que me dará pormenores respecto del pasaporte?

—Así lo espero, hay en esta tierra...

El hombre calló de pronto y se puso a escuchar. En el lejano fondo del huerto sonó un silbido, que se repitió enseguida.

—Mi amo me llama y no puedo detenerme más. ¿Recuerdas bien todo lo que te he dicho?

—Todo.

—Pues que no se te olvide. Permita Alá que pronto lleves sano y salvo los aromas de mis rosas a las hermosas mujeres de tu pueblo.

Antes que hubiera podido contestarle, se había alejado de la valla e internado en la espesura y poco después se apagó hasta el rumor de sus pasos.

¿Constituiría una suerte para mí aquel encuentro con el bondadoso jardinero? Así lo creía yo. ¿Sería verdad lo que me había dicho respecto del pasaporte de seguridad?

El viejo no tenía cara de mentiroso, y fuese como fuese, bueno sería verme con su hermano, cuya herrería debía de estar, seguramente, a orillas del camino que tanto mi escolta como mi perseguido habían de recorrer forzosamente.

Seguí adelante. Mi potro, que había descansado durante nuestra conversación, partió con nuevos bríos. Si quería seguir en línea recta mi camino, tenía que atravesar las montañas, y como esto presentaba dificultades, resolví rodearlas en lo posible.

Procedente de la meseta de Tokachyk, el río Burgas se esfuerza en llegar bastante al Norte al Arda, en el cual vierte sus aguas junto a Ada. A orillas del Arda está Kochikavak, y el ángulo obtuso que forman ambos encierra una hondonada, que se eleva suavemente hacia el Sur, para perderse luego en la meseta de Tachlyk. Esta altura era la que yo quería evitar.

Logré mi objeto, aunque desconocía el terreno y no encontré caminos ni senderos que me guiaran, por lo cual tuve que vadear varios riachuelos que afluían por la izquierda al Arda.

El sol se había ido hundiendo poco a poco, hasta desaparecer tras los lejanos montes. Como tenía que contar con un ocaso breve, piqué espuelas a mi caballo hasta llegar a otra corriente ancha donde noté que, más abajo del sitio en que pensaba vadearla, había un puente. Fui allá al momento y me encontré con el camino. Al pasar el puente vi por primera vez en Turquía un mojón de carretera, el cual consistía en una roca saliente con dos palabras escritas con tiza.

Si no hubiera adivinado el objeto de aquella roca me lo habría revelado la primera de las dos palabras, que decía, *Kylavuz* o sea indicador de camino. La otra era Dere-kiöi, o sea el nombre de un pueblo; pero ¿dónde estaba éste? El indicador allí estaba, con el nombre de la aldea; pero por desgracia la roca estaba achatada por arriba y en su cara horizontal figuraban las dos palabras.

El camino, que denominé así hiperbólicamente, se extendía en línea recta; pero a lo largo del río corría otro parecido. ¿Cuál de los dos llevaría a Dere-kiöi? ¿Qué utilidad me reportaba aquel indicador primero y único?

Pensé que la corriente aquella no podía ser el Burgas y que siguiéndola me alejaría demasiado hacia el Norte, por lo cual decidí seguir por el camino que acababa de encontrar.

## CAPÍTULO 4

### Otra fechoría

**M**ientras tanto había anochecido y yo ignoraba si mi caballo seguía en efecto el camino trillado, aunque tenía la esperanza de que no fallaría el instinto del noble animal. Con esta inseguridad habría trotado cerca de media hora, cuando Rih empezó a resoplar, moviendo la calaza de arriba abajo. Esforcé la vista todo lo que pude y me encontré por fin ante una sombra ancha y negra de la cual sobresalía algo estrecho y elevado hacia el cielo tenebroso. Luego comprobé que era una casa con alta chimenea.

¿Sería aquello la herrería que buscaba? En este caso debía de hallarme cerca de Kochikavak, donde podría pasar la noche.

Me acerqué a la puerta, diciendo en alta voz:

—¡*Baña bak!*<sup>[40]</sup>

Nadie me contestó. Alcé más la voz, gritando:

—¡*Savul alargha!*<sup>[41]</sup>

Todo quedó en silencio y en la más completa oscuridad. ¿Estaría deshabitada o en ruinas?

Me apeé de un salto y palpé la pared. Mi caballo resopló más fuertemente, lo cual me llenó de recelo, pues a pesar de ser árabe lo había amaestrado a la india y cada vez que un potro indio se conduce en tal forma, es decir, cada vez que sorbe el aire con los ollares abiertos y ensanchados, de un modo lento y estudiado y lo suelta después en cortas y aisladas espiraciones, es señal segura de que «algo hay podrido en Dinamarca».

Saqué mis dos revólveres del cinto y me puse a reconocer con mucha precaución las paredes de la casa. Era ésta de planta baja y mucho fondo. La puerta estaba herméticamente cerrada, y llamé en vano varias veces con el aldabón. A mano izquierda había tres huecos cerrados con sus contraventanas, que en aquel país constituyen una rareza. Más a la izquierda hallé otra puerta más baja y más ancha, cerrada con candado, junto a la cual había varios útiles de labranza y otros objetos que denotaban que la casa era una herrería.

Seguí rodeándola hasta hallar detrás del edificio una especie de leñera cerrada por una valla, como es costumbre en las aldeas alemanas para guardar los cerdos y los gansos. El recinto parecía vacío, pues no se notaba en él el menor movimiento. No obstante al llegar allí con el caballo, resopló éste con mayor fuerza y opuso alguna resistencia a acercarse a la valla.

Esto me puso alerta y me obligó a redoblar mis precauciones. La casa estaba cerrada y habitada seguramente. ¿Iban a dejar el edificio solo y sin vigilancia en

aquellos parajes y por la noche? Probable era que hubiese ocurrido alguna desgracia que conviniera remediar, o algún incidente que poner en claro.

Como el caballo no podía servirme más que de estorbo, y hasta podía correr peligro en mis investigaciones, decidí ponerlo a cubierto de todo percance. Para trabarlo no necesité lazo ni poste, ni cuerda ni correas, me bastó con hacerle meter las patas delanteras en las mismas riendas, con lo cual quedaba sujeto de modo que no pudiera alejarse si contra sus costumbres se lo propusiera, y en caso de verse amenazado durante mi ausencia estaba yo convencido de que sabría defenderse valientemente con los remos posteriores.

Hecho esto volví al cercado, encendí una cerilla —me había provisto abundantemente de ellas en la tienda de Edreneh— y alumbré el recinto, donde descubrí un animal de larga y espesa pelambre, que parecía un oso. ¿A qué especie zoológica pertenecería? ¿Estaría vivo o muerto? Con la culata le empujé varias veces, sin notar que se moviera; repetí los empujones con más fuerza y el animal continuó inmóvil. Aquella inmovilidad no era hija del sueño, sino de la muerte.

Algo espantado ante aquel misterio, salté la valla y empecé a palpar al animal, que estaba rígido y frío, muerto. La piel estaba pegajosa en varios sitios, ¿sería sangre? Le palpé todo el cuerpo, convenciéndome de que no era un oso, pues tenía el rabo largo y peludo. Recordé entonces que en las cimas de Despoto-Dagh, Char-Dagh, Kara-Dagh y Perín-Dagh abundan todavía los osos; pero ¿cómo iba un ejemplar aislado a penetrar en aquel corral con objeto de acabar su vida en tal refugio? Y de haber sido herido en las cercanías, ya se habrían apresurado los cazadores a despojarle de la piel y hasta de la carne, que no es despreciable tampoco.

Para enterarme mejor de qué clase de animal era, palpé sus orejas y retiré enseguida la mano. La cabeza estaba deshecha, indudablemente por los golpes de algún instrumento duro y pesado. Volví a recurrir a mis cerillas y me convencí de que se trataba de un mastín gigantesco, como no había visto otro en toda mi vida. ¿Quién lo habría matado y con qué objeto? Seguramente no habría sido su dueño, y a un extraño sólo podía haberle guiado a hacerlo una intención pecaminosa.

Empecé a sospechar que me hallaba ante un crimen y aunque se me ocurrió que lo mejor era no meterme en averiguaciones, que podrían ofrecerme algún peligro, hube de presumir que la víctima podría ser el hermanastro del hortelano y en tal caso tenía el deber moral de cerciorarme de ello.

El riesgo no era pequeño, puesto que los criminales podían encontrarse todavía dentro de la casa. Acaso guardaran silencio por haber oído las pisadas de mi caballo, que los había avisado de mi llegada. ¿Cómo llegar hasta ellos? ¿No sería mejor aguardar a mis compañeros? Pero entretanto ¿cuántas cosas podrían ocurrir en el interior del edificio, y a cuántas infamias podría dar ocasión la tardanza! Era preciso obrar con energía y rapidez.

Me faltaba examinar el cuarto lado de la casa, o sea el occidental, donde hallé dos huecos, una de cuyas contraventanas estaba únicamente entornada. La moví y me



quedé pensando en lo que debía hacer.

Si trataba de saltar por la ventana al interior, podían recibirme a tiros, aunque bien mirado el hecho de que de las cinco aberturas sólo una quedara abierta, me hizo sospechar que la casa estaba desierta.

Para retardar el descubrimiento de su hazaña, habrían atrancado bien todas las puertas y ventanas, dejándose una para la salida que no les era posible cerrar desde adentro como las demás.

No obstante, mi situación no tenía nada de envidiable. Con el mayor cuidado entreabrí el postigo lo suficiente para meter el brazo. Como los cristales no se usan en aquellas tierras, no encontré ningún otro obstáculo. Agucé el oído y me pareció oír dentro un ruido sordo. ¿Quedaría alguien? ¿Llamaría?

Fui a buscar leña seca, hice un haz, lo encendí, lo eché dentro de la habitación y manteniéndome oculto en la sombra examiné el espacio así alumbrado. El edificio era de escasa altura y la ventana muy baja; y como las ramas ardieron como yesca, pude darme cuenta de que había allí una habitación grande y cuadrada, con suelo de tierra endurecida, y a cuyas paredes estaba arrimado el escaso mueblaje propio de las casas pobres de Rumelia. No noté rastro de alma viviente.

Eché más leña al fuego, me quité el fez, lo puse en el cañón de mi carabina y lo introduje poco a poco por la ventana, para que los de adentro creyesen que intentaba escalar la casa y para obligarlos así a repeler mi asalto; pero nadie dio señales de vida.

Entonces volví a sacar la carabina, que apoyé en la pared, y de un salto me planté en el alféizar de la ventana, dispuesto a echarme al suelo a la menor señal de hostilidad; pero una sola ojeada me convenció de que la habitación estaba desierta.

Entonces salté adentro, y después de coger mi carabina, escuché de nuevo. Volvió a repetirse aquel sordo ruido, que me intranquilizaba tanto más cuanto que el fuego, que despedía espesa humareda y me dañaba los ojos, amenazaba apagarse del todo. En esto estaba cuando con gran satisfacción mía descubrí en un rincón un montón de teas, una de las cuales metí en un agujero abierto en la pared y que al parecer tenía tal objeto, pues así lo indicaba el cerco formado por el humo que lo rodeaba. Luego cerré por dentro el postigo, sujetándolo bien con una correa a fin de estar protegido contra un posible ataque desde la parte de afuera.

Cogí luego un tizón encendido y con él examiné toda la habitación. Tres de las paredes eran de adobe y la otra, de paja trenzada, tenía una abertura que daba paso a la habitación contigua.

Al pasar por ella me encontré con otra estancia más pequeña, cuyo piso estaba formado en parte por una trampa hecha de mimbres trenzados. ¿Daría a una cueva? Aquello sí que era extraño en semejante edificio.

Entonces volví a oír el ruido sordo, que era susurrante y procedía del lado de la trampa. La levanté, después de haber cogido varias teas para alumbrarme y vi que el trenzado de mimbres estaba sujeto a unas tablas, por lo cual podía sostener muy bien

el peso de una persona. Alumbré el agujero y sólo pude descubrir que la cueva tendría la altura escasa de un hombre, pero no logré ver escalera ni peldaño alguno. Lo que sí oí perfectamente fue que, al dar la luz en el fondo, sonaron gemidos ahogados.

—¿*Kün achaghda?*<sup>[42]</sup>—pregunté sobresaltado.

Un reiterado gemido fue la única contestación que recibí y me indicó que apremiaba el socorro. Sin tomarme el trabajo de buscar una escala, con las teas en la mano salté a la cueva y caí sobre un objeto que me hizo dar un traspié, con lo cual se me apagó la luz. En pocos segundos volví a encenderla y a examinar el sitio.

Me encontraba en una cueva cuadrada y vi que el objeto con el cual había tropezado era la escala. En el fondo hallé un montón de carbón y otros trastos, y observé que uno y otros se movían.

Metí una tea encendida en un agujero como el anterior y me puse a apartar los trastos amontonados. Al poco rato toqué a un ser humano que arrastré hacia afuera; era un hombre atado de pies y manos y amordazado con un pañuelo. De un tirón arranqué la mordaza y apareció una cara amoratada, si bien no podía yo decir, a causa de la escasa luz, si aquel color era debido al carbón o a la asfixia. El hombre respiró con fuerza, abrió los sanguinolentos ojos, que parecían salirse de las órbitas, y gimió:

—¡Socorro! ¡Piedad, piedad!

—No tengas miedo; soy tu amigo y vengo a salvarte.

—¡Salva a mi mujer, pronto! —gimió el desventurado, acordándose en aquel trance más de su esposa que de sí mismo.

—¿Dónde está?

—Allí.

Como tenía las manos agarrotadas no podía hacer aquel pobre hombre el menor movimiento, pero sus ojos se clavaban llenos de angustia en otro montón formado también con carbón y trastos viejos. Me lancé a apartarlos y poco después saqué a una mujer, atada y amordazada en la misma forma que su marido. En cuanto le hube arrancado el pañuelo, noté que una espesa espuma rodeaba sus labios, la asfixia era inminente. Por último, con una especie de ronquido, exclamó:

—¡Socorro, socorro!

Se contraía en violentas convulsiones, y empezó a manotear y patear, tratando de sorber aire como los que se ahogan. La violencia de sus movimientos favoreció la respiración, y finalmente la mujer profirió un grito todavía ahogado y aspiró aire de un largo sorbo. Viéndola ya salva volví al marido para cortar sus ligaduras. Como había tenido más resistencia que su mujer, pudo enderezarse enseguida, diciendo:

—¡Dios mío, qué cerca hemos estado de la muerte! ¡Gracias, gracias!

Luego se arrodilló junto a su mujer, que sollozaba desconsoladamente, y le dijo con acento cariñoso:

—¡Calla, calla; no llores! ¡Nos hemos salvado!

Y rodeándola con los brazos la besaba, enjugándole los ojos con los labios. La infeliz se abrazó a él y continuó llorando, sin hacer caso de mí, y entre las palabras de consuelo de su marido y el desahogo de sus lágrimas fue tranquilizándose hasta que cesó de llorar. Luego, volviéndose el marido, mientras yo alimentaba la luz encendiendo teas, me dijo:

—¡Señor, eres nuestro salvador! ¿Cómo agradecerte lo que has hecho por nosotros? ¿Quién eres y cómo has logrado encontrarnos?

—Son tantas tus preguntas que mejor será que las conteste fuera de aquí. ¿Está tu mujer en situación de levantarse?

—Sí, ayudándola nosotros.

—Pues salgamos enseguida de esta cueva; yo no puedo entretenerme aquí.

—¿Te esperan arriba?

—No, pero he de acechar y cortarle el paso a un viajero que no debe seguir adelante.

—Pues subamos enseguida y allí hablaremos.

Arrimada la escala, subimos todos, aunque la pobre mujer lo hizo con gran trabajo. En la habitación principal había visto yo una cama y le aconsejé que se echara en ella. La infeliz, sin poder contestarme, obedeció en el acto, mientras el marido la tranquilizaba con afectuosas palabras. Luego me alargó la mano, diciendo:

—Bien venido seas a esta casa, enviado de Alá para nuestra salvación. ¿Puedo saber quién eres?

—Ahora no hay lugar para muchas explicaciones y más me interesa saber quién eres tú.

—Me llaman Chimín.

—Entonces serás el hermano de Yafiz, el jardinero.

—Así es, señor.

—Está bien, en tu busca venía. Enciende inmediatamente tu fragua, Chimín.

El hombre me miró asustado y me preguntó:

—¿Tienes que hacerme un encargo de mucha prisa?

—No, sólo quiero que el resplandor de la fragua se vea desde el camino.

—¿Con qué objeto?

—Con objeto de que el jinete del que te he hablado no pueda pasar sin que yo lo vea.

—Pues ¿quién es?

—Luego te lo diré, ahora date prisa en complacerme.

El cuarto de la trampa, que habíamos vuelto a echar, tenía una puerta que daba al campo. Descorrimos el cerrojo y salimos afuera. El herrero sacó de su bolsillo una llave y abrió el candado de la herrería, donde minutos después ardía un hermoso fuego, cuyos resplandores iluminaban el camino; es decir, lo que yo quería. Entretanto, fui a echar un vistazo a mi caballo, que estaba donde lo había dejado yo a espaldas de la casa. Al volver a la herrería me dijo Chimín:

—Ya tienes el fuego listo, ¿qué más quieres?

—Salgamos de este círculo de luz y sentémonos al lado de la puerta, donde está oscuro.

Nos sentamos en un poyo, que había yo encontrado durante mi inspección, y dije a Chimín:

—Hablemos solamente de lo más preciso. Pasará por aquí, acaso muy pronto, un jinete con quien tengo que hablar sin que él se entere previamente de que estoy aquí. Será probable que se detenga a hacerte algunas preguntas, y deseo que consigas que se apee y entre contigo en tu casa.

—Eres nuestro salvador y no tienes más que mandar para que yo te obedezca; pero ¿sabes por ventura las preguntas que va a hacerme ese hombre?

—Sí, te preguntará si has visto pasar por aquí a tres jinetes.

—¿Tres jinetes? —repuso el hombre anhelosamente—. ¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Cuáles eran sus señas?

—El que te digo te asegurará que montan dos caballos tordos y uno negro. En el camino han cambiado el negro por otro tordo.

—¿De modo que los tres caballos eran tordos?

—Sí.

—¡*Hacha!*<sup>[43]</sup> ¿Te refieres al Manach el Barcha, de Uskub?

Y al decir esto, profundamente excitado, se levantó de su asiento. Yo, a mi vez, me puse en pie ante tan inesperada salida y le pregunté gravemente:

—¿Le conoces?

—¡*Chokdan!* ¡*Chokdan!*<sup>[44]</sup> Hoy mismo le he vuelto a ver.

—¿Ha estado aquí?

—Sí, entre él y los suyos nos han atado y encerrado en la bodega, donde habríamos perecido sin tu oportuna intervención.

—¡Con que eran ellos! Pues bien, conviene que sepas que el hombre a quien esperas es uno de los suyos.

—¡Lo mato, lo mato! —rugió el herrero fuera de sí.

—Pues yo me contento con cazarlo —repliqué yo.

—¡Señor, *effendi*...!, ¿cómo quieres que te llame? Aún no me has dicho quién eres.

—Llámame *effendi* y basta.

—Pues bien, *effendi*, cuenta conmigo para apoderarte de ese canalla.

—Está bien. Verdad es que no sabemos si habrá pasado ya sin que tú te hayas dado cuenta. ¿Cuánto tiempo hacía que estabais en la cueva?

—Desde poco antes del mediodía.

—Entonces no puedes haberlo visto aun cuando hubiera pasado, y...

—¿Quieres que lo averigüe? —me interrumpió el herrero.

—¿Dónde y por quién?

—De una carrera me llego al pueblo y pregunto al viejo Yemichi que está con sus cestos al borde del camino hasta bien entrada la noche.

—¿Cuánto tardarás en volver?

—Diez minutos escasos, el pueblo está ahí mismo.

—En tal caso no digas una palabra de lo ocurrido.

—Me callaré, ya que lo mandas.

—Pues echa a correr.

Le hice una ligera descripción del jinete, tal como me la habían hecho a mí, y el herrero desapareció en la oscuridad. Aún no había transcurrido el tiempo señalado, cuando le vi regresar y me dijo:

—Todavía no ha pasado.

Entró en la herrería para alimentar el fuego; salió después y se sentó a mi lado.

—Ahora refiéreme todo lo que te ha ocurrido —le dije.

—Me han pasado cosas horribles —respondió Chimín—. Estaba yo trabajando tranquilamente cuando se me han acercado tres jinetes, uno de los cuales, que me era desconocido, me ha dicho que su caballo había perdido un *nal*<sup>[45]</sup>. Yo, que no soy solamente *demirchi*<sup>[46]</sup> sino también *nalband*<sup>[47]</sup>, me he dispuesto enseguida a hacer una herradura. Hasta entonces sólo había mirado al que me hablaba, pero luego he echado un vistazo a sus compañeros y en uno de ellos he reconocido al recaudador de contribuciones fugitivo Manach el Barcha, de Uskub.

—¿Y él te ha conocido a ti?

—Sí, nos habíamos visto hacía cosa de cuatro años en Raslug. Has de saber que entiendo también de veterinaria y curo el ganado con bastante acierto. Hubo en aquella época una enfermedad de las caballerías en Raslug y sus alrededores, y como se morían a centenares y los veterinarios no acertaban con el remedio, me llamaron a mí. Me hospedé en casa de un chalán muy rico, que tenía una yeguada por lo menos de cien cabezas, y allí trabé conocimiento con Manach el Barcha, que iba a comprar un jaco. Le presentaron muchos, uno de los cuales estaba acatarrado y salivaba; pero el recaudador dijo que aquello no era catarro, sino la epidemia reinante, y que iba a dar parte al registro de higiene. Lo que buscaba era sacar un caballo gratis por precio de su silencio. Entonces me llamó el chalán y yo declaré que el potro estaba simplemente resfriado. Manach se enfureció y empezamos una discusión, que acabó cruzándome el recaudador la cara con el látigo. Yo le devolví el obsequio con una sonora bofetada de las que hacen época, porque la mano de un herrero sólo es hueso y callo y deja señales, te lo aseguro. El canalla se alejó disparado y bramando de furia y me delató a la policía. Él era el poderoso recaudador; yo un mísero herrero, y no hay más que decir, me dieron cincuenta palos en las plantas de los pies y encima tuve que pagar una multa de cien piastras. Del disgusto y el apaleo pasé muchas semanas en cama antes de volver a mi pueblo; por todo ello comprenderás el cariño que puedo tener a ese hombre.

## CAPÍTULO 5

### Chimín el herrero

**M**ientras herraba yo al caballo —prosiguió diciendo el herrero—, he observado que me miraba con expresión sombría y al acabar me ha preguntado si le recordaba; yo he dicho que sí, no creyendo perjudicarme con ello. Entonces se ha vuelto a hablar con sus compañeros unas palabras y luego han entrado los tres en mi casa. Yo estaba solo, porque mi mujer había ido al huerto a coger unas espinacas para la comida. He cerrado la herrería, aunque la fragua ardía aún y los he seguido. En cuanto he estado en la habitación se han echado todos sobre mí y ha empezado una lucha terrible, porque los herreros tenemos músculos de acero; pero he tenido que sucumbir al número, y después de maniatarme me han echado al suelo. Yo bramaba como un toro y entonces han ahogado mis gritos atándome un pañuelo a la cara y arrojándome a la cueva. En aquel momento volvía mi mujer y al verla han hecho con ella lo mismo; luego nos han cubierto de carbón y trastos viejos para que no se nos oyese desde afuera. Yo no me había acordado de mi fiel Ají, pues a no ser así le habría desatado antes de entrar en la casa.

—¿Quién es Ají?

—Mi mastín, que tiene el tamaño y las fuerzas de un oso, el animal ladraba y se sacudía al oír mis gritos; pero como estaba atado no podía auxiliarme. Si llega a estar suelto los destroza a los tres.

—¿No te has acordado de él todavía?

—Hasta ahora no he tenido tiempo.

—Pues siento tener que darte una mala noticia.

—¿Le ha ocurrido algo?

—Sí.

—¿Qué? Dímelo pronto.

—Está muerto.

El herrero se enderezó exclamando:

—¿De veras lo dices?

—Estoy seguro.

—Estaba bueno y sano, y esos infames lo han matado.

—Sí, le han deshecho la cabeza a golpes.

El hombre se quedó un instante mudo de dolor. Luego rugió apretando los dientes:

—¿No me engañas?

—Por desgracia es verdad.

—¡Mil agonías, mil muertes, mil condenaciones para esos canallas!

Y metiéndose de un salto en la herrería, cogió una tea y desapareció detrás de la casa para convencerse de lo que yo le decía. Luego le oí deshacerse en coléricos apostrofes; mas como no tenía interés en oírse los de cerca permanecí en el poyo hasta que volvió. Era tal su furia, que creí que se ahogaba; y seguí oyendo un buen rato esas exclamaciones frenéticas y esas maldiciones terribles que tanto abundan en el léxico oriental.

Mientras se desahogaba en aquella forma, tenía yo clavados los ojos en la dirección por donde había de venir el jinete; pero sin ver ni oír nada. La tardanza era debida bien a que, dada la velocidad de mi caballo, le hubiese tomado yo gran delantera, o bien a que le hubiera detenido algún obstáculo.

Poco a poco fue cejando la cólera de Chimín y por fin dio señales visibles de curiosidad respecto de mi persona, iniciando su interrogatorio en la siguiente forma:

—¿Tendrás tiempo de decirme, por fin, cuál es tu nombre, *effendi*?

—Me llamo Kara Ben Nemsí.

—¿Entonces eres un *nemche*, un *germanly*?

—Sí.

—¿*Austrialy*? ¿*Prusialy*?

—Ni una cosa ni otra.

—¿*Bavarialy*, entonces?

—Tampoco, soy *saxaly*.

—Es la primera vez que veo a un *saxaly*; pero ayer mismo hablé con uno de Trieste, una ciudad de Austria.

—Es posible, pero me sorprende. ¿Qué clase de hombre es?

—Un traficante. Viene a mercar tabaco, seda y tejidos de seda. Se le había roto una espuela y vino a que se la compusiera.

—¿Hablabas turco?

—Sólo lo bastante para darse a entender.

—Y no obstante dices que hablaste con él...

—Ayudándonos con las manos y el gesto.

—¿Te dijo cómo se llama?

—Su nombre es Madi Arnaud. Cantaba muy bien, y nos recreó el oído a mi mujer y a mí con cantos de su tierra.

—¿De dónde venía?

—De Chirman, de realizar grandes compras.

—¿Y adónde iba?

—A la gran feria de Menlik, donde acuden los famosos armeros a quienes va a comprar mucho.

—Entonces acaso nos encontremos por el camino.

—¿También vas tú a Menlik, *effendi*?

—Sí.

—¿Eres comerciante, tal vez?

—No. Yo voy a Menlik con la esperanza de encontrar allí a los tres canallas que te han maltratado.

—¿Qué harás con ellos si los encuentras?

—Los entregaré a la justicia.

—¡Alá sea bendito! Yo pensaba dar parte mañana de lo que han hecho conmigo.

—No hay inconveniente, mas antes que consigas nada, espero yo tener a esos infames en mi poder, y ante el juez declararé su nueva fechoría.

—Haces bien, *effendi*, es preciso que se lleven su merecido. ¿Quiénes serían los que acompañan al recaudador?

—Eso es muy largo de contar; pero te lo referiré del modo más breve posible.

Luego le enteré lo más sucintamente que pude de lo que creí conveniente que supiera. El herrero me escuchó con la mayor atención y acabó por decirme:

—¡Si llego a saberlo! Los meto en la cueva engañados y pongo a mi perro de guardián hasta que hubieras llegado.

—¿No les has oído alguna palabra por la cual podamos colegir a donde van?

—No han chistado. Mientras me ataban he oído solamente decir al que tú llamas Barud el Amasat que debían acabar conmigo para que no pudiera yo delatarlos a sus perseguidores.

—Lo que yo me figuraba. A Manach el Barcha no le guiaba solamente el odio al maltratarte, sino también el recelo. No querían mataros, sino haceros desaparecer por algún tiempo, por haber conocido tú al recaudador.

—Pues por poco morimos.

—Gracias a Dios que no ha ocurrido. El jinete que espero les ha sido enviado para advertirles que yo estoy ya libre y no dejaré de perseguirlos, y tenemos que evitar que los alcance.

—Cuenta con mi ayuda, *effendi*. ¿Qué plan tienes?

—Meterlo en tu cueva y entregarlo a las autoridades.

—¿Cómo piensas realizarlo?

—Somos dos contra uno.

—No creas que le tema, sólo quería saber si piensas emplear la fuerza o la astucia.

—Sin usar de violencia será difícil.

—Tanto mejor, pues no tengo el ánimo dispuesto a la blandura. Ahora me resta saber de dónde conoces a mi hermano. ¿Le has visto?

—Sí.

—¿Dónde?

—Pasaba por su huerto, nos hablamos y me dio un frasquito de su *Gül jaghy*, a cambio de un poco de *chebeli*.

—¡*Allah ia Allah!* ¿De modo que mi hermano fuma ahora el rey de los tabacos?

—Sí, pero poco ha de durarle.

—¿Se lo diste tú?



—Sí.

—¿Entonces tú tienes esa hierba preciosa?

—Como que fui yo quien se la dio.

El herrero se calló un momento. Ya sabía yo lo que iba a seguir, pero guardé silencio. Por fin no pudo aguantar más, diciendo:

—¿No te quedará ya, verdad?

—Todavía me queda un poco.

Y para facilitarle la cosa, añadí:

—¿Te gusta fumar?

—Con pasión.

—¿*Chebeli* tal vez?

—No he tenido aún la suerte de olerlo, y menos de fumarlo.

—Pues vete a buscar tu pipa.

No había terminado la frase cuando desapareció en el interior de la casa y volvió como un rayo.

—¿Qué tal está tu mujer?

A los musulmanes pobres, se les puede, por excepción, preguntar por la mujer, cosa prohibida en Oriente.

—No sé —me contestó—; debe de seguir durmiendo.

El tabaco le interesaba aún más que la esposa a quien antes había dado tantas muestras de afecto.

—Dame tu pipa para que te la llene.

Cuando por fin se vio con la pipa entre los dientes, exclamó como en éxtasis, echando voluptuosamente el aromático humo por las narices:

—¡*Effendi*, estos son los aromas del Paraíso! ¡Eso es lo que fumaría el Profeta!

—No lo creas, en sus tiempos no existía el *chebeli*.

—Si hubiera existido se habría llevado él la simiente al otro mundo, para sembrarla en los campos del séptimo cielo. ¿Qué debo hacer si llega el jinete? ¿Sigo fumando o lo dejo?

—Te levantarás enseguida.

—¿Y renunciaré a esta pipa deliciosa?

—No exijo tanto. Volverás a encenderla después y yo volveré a llenártela.

—*Effendi*, tu alma rebosa bondad, como el mar agua. ¿Te ha dado mi hermano recuerdos para mí?

—Sí, y me ha encargado que te exprese su deseo de que te vaya tan bien como a él y de que no te olvides de tu *oeye-kardach* y *yary-kardach*.

El herrero aguzó el oído al oír esto, diciendo:

—¿Fueron esas sus mismas palabras?

—Sí.

—Señal de que trataríais cosas graves.

—Hablamos de los *skipetar* y de «los que se han ido a la montaña».

—Y entonces mi hermano te prometería alguna cosa, ¿verdad?

—Sí; me hizo una promesa que según él tú cumplirás.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Un cuarto de hora, próximamente.

—Pues entonces has obrado milagros, *effendi*, porque Yafiz huye de la gente, no dice palabra y vive retraído. Para que te mostrara tanta confianza, debes de haberle ganado el alma.

—Le dije que pensaba recorrer los montes de Char-Dagh.

—Entonces te hablaría de los peligros a que te expones.

—Sí, me aconsejó que tomara muchas precauciones y estuviera siempre alerta.

—Aludiría al pasaporte necesario para recorrer un país erizado de peligros.

—En efecto, de eso me habló.

—Y seguramente te diría que está en mi mano procurarte un *kiaghad eminlikün* de esos.

—Algo así me dio a entender.

—Pues está equivocado.

—¿De veras?

—Como lo oyes.

—¿De modo que no puedes procurarme ese documento?

—Me es de todo punto imposible.

—Pues tu hermano lo daba por cosa hecha.

—Pensaré que las cosas siguen como antaño.

—¿Entonces no eres ya de los iniciados?

—Esa es una pregunta que sólo puedo contestar a un amigo probado y seguro. Verdad es que tú eres mi salvador y que al poseer la esencia que te ha dado mi hermano demuestras tener también su amistad, y por tanto no debo ocultarte la verdad, en efecto, era y soy un iniciado.

—Entonces sabrás si tales pasaportes se conceden aún.

—Se han suprimido. Ya no hay *skipetar* ni desertor que los garantice.

—¿Por qué?

—Porque no sirven para el objeto que tenían; es decir, que ya no ofrecen la seguridad que debieran.

—¿Es que no se les hace caso?

—No tanto, ningún asociado desdeñaría el pasaporte firmado por un compañero; pero ¿quién revisa el papel?

—¿No hay que presentarlo?

—En algunos casos sí; pero las más de las veces no hay lugar a hacerlo. Mira, vaya un ejemplo: tú pasas por el bosque; la gente emboscada te ve llegar, y como advierte que vas mejor armado que ellos, les conviene no luchar abiertamente contigo, sino atacarte por la espalda. Ni siquiera se enteran de que llevas pasaporte; y tú, que fiabas en él, mueres de un balazo disparado por los mismos que habrían

expuesto su vida por salvar la tuya a haber sabido que eras protegido de la banda.

—Así se comprende. No obstante, los emboscados deben de tener amigos y afiliados en los pueblos, cuya vida les convenga respetar tanto como la propia y en este caso tendrán algo mejor que un *kiaghad eminlikün*.

—No vas descaminado; pero ahora comprenderás que no puedo procurarte un pasaporte, ¿no es verdad?

—En efecto, no puedes darme lo que no existe; pero seguramente podrás indicarme la seña de que se sirven los asociados para conocerse y protegerse entre sí.

—Es mucho lo que me pides. ¿Quién me garantiza el secreto?

—Sé callar, puedes creerme.

—En tal caso te diré que protegidos y protectores se conocen por medio de una *kopcha*<sup>[48]</sup>.

Estas palabras me dieron que pensar.

—¿Es una *kopcha* de plata?

—En efecto.

—¿No forma un círculo en cuyo centro hay un *czakan*<sup>[49]</sup>?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Lo supongo por haber visto usar esa *kopcha* a ciertas personas que supongo afiliadas o que están en relación con la banda.

—¿Puedo saber cómo se llaman?

—No hay inconveniente, Manach el Barcha lleva una *kopcha* de esas en el fez. Algunos hombres de los que asistieron en casa del cadí al acto de juzgar a Barud el Amasat también la llevaban. Luego, al atravesar la ciudad con el exderviche, tropecé con un hombre que me miró de un modo extraño y también la llevaba. Este fue, sin duda, quien avisó a los fugitivos y quien hizo los disparos contra Alí Manach Ben Barud el Amasat y contra mí.

—También yo he notado hoy que la lleva el exrecaudador de contribuciones de Uskub.

—Acaso no te habría tratado tan mal si hubieras dicho que tú también posees la *kopcha*.

—Es posible; pero no se me ha ocurrido.

—No será fácil conseguir ese distintivo, ¿verdad?

—Muy difícil.

—¿Qué se exige al que lo solicita?

—Primeramente, ser hombre capaz de servir a los afiliados y después demostrar que no condena ni censura a los que se «van a la montaña».

—¿Por ventura no son dignos de censura? Al fin lo que hacen es huir de una sociedad regida por leyes y ponerse fuera de ellas.

—Tienes razón, pero no vayas a comparar la sociedad nuestra con aquellas en que el código se cumple. Nuestras leyes son buenas y favorecen a los súbditos; pero nuestra sociedad es mala. Alá nos ha dado leyes sabias y benéficas instituciones; pero

son mal interpretadas y peor aplicadas por los encargados de hacerlas respetar.

En esto se oyó a lo lejos el galopar de un caballo.

—¿Oyes? —me preguntó quedamente.

—Sí.

—Acaso sea el mensajero.

—Es muy probable.

—Lo sentiría, pues antes quisiera oírte.

—Ya te daré mis razones cuando tengamos al pájaro en la jaula.

—¿Qué hacemos ahora?

—Por de pronto, que no me vea, pues pudiera conocerme. Has de tratar de meterlo en tu casa.

—Eso será fácil si se apea.

—Hay que obligarle. Está muy oscura la noche y yo me apostaré en medio del camino. Si intenta pasar adelante le echaré mano a las riendas, pero si se apea voluntariamente os seguiré a los dos al interior de la casa.

—¿Y si no es el que esperas?

—Entonces se le dejará marchar en paz.

El ruido del galope fue en aumento y dio a entender claramente que era de un solo caballo. Yo me llegué al camino, donde me agazapé como un conejo.

En aquel instante llegaba el jinete, que paró su caballo dentro del foco de luz que proyectaba la fragua, pero no me fue posible ver bien sus facciones.

—¡*Bak!*, ¿*sawulf*?<sup>[50]</sup> —gritó ante la herrería.

Y como no saliera nadie, volvió a repetir la llamada. Entonces se presentó el herrero en el umbral, contestando:

—¿Quién va?

—Un forastero. ¿Está habitada la casa?

—Por mí —contestó Chimín.

—¿Quién eres?

—El dueño de la casa.

—Ya me lo figuro, estúpido. Necesito saber tu nombre.

—Me llamo Chimín.

—¿Qué oficio tienes?

—Soy herrero. Si tuvieras ojos en la cara podías figurártelo al ver encendida mi fragua.

—Lo que yo veo es que no sólo eres tonto, sino un grosero de marca mayor. Acércate, que he de hacerte unas preguntas.

—¿Soy tu esclavo o tu paje para que acuda a tu mandato? El que quiera hablarme ya sabe donde me encuentra.

—Es que estoy a caballo.

—Pues apéate, la cosa no puede ser más clara.

—No es preciso.

—Allá tú. Yo estoy resfriado y no puedo salir al relente. Como comprenderás, no voy a exponerme a pillar un catarro por darte gusto a ti.

Y dando media vuelta se internó en la casa. El jinete, después de soltar unos cuantos ternos, espoleó a su caballo hasta la entrada.

Hasta entonces no había yo logrado saber si era el mismo a quien aguardaba, pero una vez que estuvo junto al umbral reconocí el caballo overo. El jinete llevaba fez encarnado y capa gris y tenía un bigotillo rubio bastante mezquino. Al echar pie a tierra pude ver a mis anchas las rojas botas turcas. Ya no quedaba duda, era el mensajero.

## CAPÍTULO 6

### La captura

**A**tó el hombre su caballo al picaporte de la herrería y entró en la casa. Yo le seguí mientras el herrero desaparecía en la otra habitación, en donde descansaba su esposa. Como el forastero le siguió yo pude entrar en la primera estancia, y oculto por el tabique de mimbre trenzado que separaba las dos habitaciones, oír todo lo que trataba con Chimín. El recién llegado me daba la espalda y el herrero le miraba alumbrándose con una tea en la mano. La mujer parecía haberse repuesto del percance anterior; tenía los ojos abiertos y con la cabeza apoyada en una mano escuchaba atenta la conversación.

El forastero se deshizo en reproches contra el herrero por su falta de cortesía, lo cual acabó de exasperar a Chimín, quien soltó esta imprudente observación:

—Yo solamente soy cortés con los hombres de bien.

—¿Acaso no lo soy yo?

—Eso creo.

—Eres el hombre más bruto que existe. ¿Qué sabes tú si soy honrado o no? ¿Acaso me conoces?

—Sí; demasiado.

—¿De dónde o por quién?

—Por un *effendi* que está muy bien enterado de que eres un canalla.

—¿Dónde le has visto?

—Aquí y hace muy poco rato.

—¡Mientes!

—Digo la pura verdad y por más señas incluso sé lo que vas a preguntarme.

—Es imposible.

—Haz la prueba.

—¿A qué vengo, pues?

—A averiguar el paradero de Manach el Barcha y Barud el Amasat.

El recién venido retrocedió como espantado, pero sobreponiéndose preguntó:

—¿Quién te lo ha dicho?

—El *effendi*.

—¿Quién es?

—¿A ti qué te importa? Si él quisiera ya te lo diría.

—¿Dónde está?

—No necesitas saberlo.

—Yo sabré obligarte.

—No temo a nadie.

—¿Ni a esto? —exclamó sacando un puñal con gesto de amenaza.

—Tampoco me espantan los cuchillos, pues no estoy solo.

Yo entretanto ya había apartado la esterilla que servía de puerta y el herrero me señaló con la mano. El mensajero se volvió rápidamente y al verme exclamó aterrado:

—¡El demonio me lleve!

Yo me quedé sorprendido en extremo al descubrir en él al hombre que me había mirado de un modo tan extraño en las calles de Edreneh al pasar con el «bailarín». La exclamación fue proferida en lengua valaca. ¿Sería valaco? Así parecía, puesto que en los momentos de peligro extremo toda persona suele, en su sorpresa, servirse de la lengua materna.

Hube de arreglar lo que había estropeado la indiscreción del herrero, que debió callar lo que yo le había confiado hasta después de haber yo sacado del cuerpo a aquel sujeto todo lo que me interesaba averiguar.

—En efecto —le contesté también en rumano—. Te llevará el demonio.

El viajero se repuso y metiéndose el puñal en el bolsillo, me dijo:

—¿Quién eres? Yo no te conozco.

—Ni falta que hace, basta con que te conozca yo a ti, buena pieza.

El hombre se mostró asombrado, movió la cabeza y dijo en tono de reconvención:

—No te conozco, Dios es testigo.

—No blasfemes, pues harto sabe Dios que me has visto.

—¿Dónde?

—En Edreneh.

—¿Cuándo?

—Bien lo sabes. ¿Entiendes el turco?

—Sí.

—Pues dejemos el rumano; conviene que el herrero se entere de lo que hablemos. ¿Confesarás a lo menos que te hallabas presente cuando Barud el Amasat fue condenado en Edreneh por haber quebrantado la ley?

—Ni estuve presente ni sé de qué me hablas.

En efecto, yo no recordaba haberle visto entre los espectadores: así es que tuve que contentarme con su respuesta.

—Pero ¿conoces a Barud el Amasat?

—No.

—¿Ni tampoco a su hijo Alí Manach?

—Tampoco.

—Entonces ¿por qué te asustaste tanto al ver que yo lo llevaba preso?

—Ni a él ni a ti os he visto nunca.

—¡Ah! ¿Entonces niegas también que conoces al *hanchí* Doxati, de Edreneh?

—Eso no.

—¿No echaste a correr, en cuanto nos viste, para ir a avisar a los partidarios suyos

y tuyos?

—No comprendo nada de todo este interrogatorio, pues ignoro en absoluto todo eso de que me hablas.

—Pues yo sé que estás perfectamente enterado de la fuga de los presos y que la muerte de Alí Manach ocurrió por tu culpa, aunque no pudiste remediar que la bala que me destinabas a mí hiriera al kavás; y ahora galopas a campo traviesa para avisar a Manach el Barcha y Barud el Amasat de que les voy pisando los talones. Ya ves si sé cosas.

—Pues yo repito que te engañas. ¿Dónde ocurrieron todos esos hechos? ¿En Edreneh has dicho?

—Allí mismo.

—¿Y hace poco tiempo? Pues has de saber que hace más de un año que no he estado yo en Edreneh.

—¡Eres un embustero redomado! ¿Dónde has estado últimamente?

—En Mandra.

—¿De dónde vienes?

—De Bolchibak, donde he pasado la noche.

—¿Conque en Mandra, a orillas del Maritza? En efecto, lo de las orillas del Maritza es verdad; pero un buen trecho aguas arriba de Mandra, o sea en Edreneh.

—¿Quieres que jure que te equivocas?

—Jurarías en falso. ¿Por ventura se halla Bu-kiöi en el camino que desde Mandra, pasando por Bolchibak, conduce aquí?

—¡Bu-kiöi! No conozco ese pueblo.

—¿Ni has estado en él?

—Nunca.

—¿Ni preguntaste a uno de sus vecinos por tres jinetes montados en dos caballos tordos y uno negro?

—No.

—¡Es admirable! ¡Todos yerran menos tú! Te tienes por mucho más listo que nosotros. ¿Puedes decirme la profesión que ejerces?

—Soy agente.

—¿De qué?

—De todo lo que se presenta.

—¿Cómo te llamas?

—Pimosa.

—¡Qué nombre más extraño! No lo he oído en ninguna lengua. ¿Acaso es invención tuya?

El hombre arrugó el entrecejo en actitud amenazadora, y replicó:

—A todo esto ¿quién te ha dado derecho a someterme a un interrogatorio en tal forma?

—Yo me lo tomo.



A esto añadió el herrero:

—¡Si es el *effendi* de quien te hablaba yo!

—Me lo figuro —contestó—. Pero aunque sea el *effendi* de los *effendis*, no tolero que me trate con descortesía. Ya sé yo el modo de enseñar urbanidad a gente de su calaña.

—Veamos cómo —repuse yo.

—Pues es muy sencillo —contestó echando mano a la faja y sacando una pistola.

—En efecto, ese es un lenguaje cuya excesiva claridad siempre impone respeto. Me ha convencido y estoy dispuesto a mostrarme cortés y atento desde ahora. ¿Tendrá el señor la amabilidad de decirnos dónde vio por primera vez la luz del día?

—Soy serbio y nacido en Lopaticza, a orillas del Imbar.

—Seré tan cortés que fingiré creer que dices verdad, aunque en mi fuero interno siga teniéndote por valaco o rumano, que viene a ser una misma cosa. ¿Adónde vas?

—A Ismilán.

—¡Prodigioso! Teniéndote por tan listo yo no sé cómo das tan gran rodeo. ¿Cómo es que vienes a Kochikavak cuando el objeto de tu viaje es ir de Mandra a Ismilán? El camino recto está mucho más al Sur de aquí.

—Tenía que hacer en estos poblados, y con eso basta. Aquí doy por terminado el interrogatorio. ¿Pertenece acaso a la policía para tomarte tantas libertades?

—Bien; voy a darte gusto y sólo te ruego que me digas por qué te has apeado aquí.

—Maldita la gana que tenía yo de apearme. Me ha obligado a ello este herrero desatento que no ha querido salir afuera.

—¿Le has hecho ya las preguntas que querías?

—No.

—Pues no te detengas, a fin de averiguar cuanto antes lo que te interesa.

El hombre se azoró un poco, pero haciendo un esfuerzo para serenarse, replicó:

—Ya se me han quitado las ganas. Después del trato que me ha dado no me queda otra cosa que sacudirme la miseria y largarme.

Y después de hacer ademán de peinarse, se dirigió a la puerta.

—¿Es esa la cortesía que gastas tú? —le pregunté soltando la carcajada.

—«A poste tosco, más tosca cuña» —replicó en lengua valaca, señal evidente de que no era serbio.

—Parece que te gusta usar refranes —observé yo cerrándole el paso—. Mas en tal caso no me parece que los tuyos encierren mucha ciencia de la vida. Me parece que este otro es más práctico: «Con el sombrero en la mano se llega hasta el fin del mundo». Como me he propuesto ser delicado contigo, te ruego que permanezcas otro rato a mi lado.

—¿A tu lado? ¿Cómo es eso? ¿Vives aquí, por ventura?

—Aquí mismo.

—Esta casa es del herrero, que te ha llamado *effendi* extranjero.

—Y ha dicho la verdad; pero no se opondrá a que te invite a quedarte.  
—¿Qué voy a hacer aquí? Llevo prisa y no puedo detenerme.  
—Has de esperar a otros huéspedes que no tardarán en llegar y desean verte.  
—¿Quiénes son?  
—Unos kavases de Edreneh.  
—¡Vete al diablo!  
—No pienso. Quiero hacerte compañía, aquí hay sitio; siéntate.  
—¿Estás loco? Déjame el paso franco.

Diciendo esto trató de echarme a un lado; pero yo le agarré del brazo y le sujeté con fuerza, aunque sin hacerle daño.

—Te ruego encarecidamente que no te vayas —insistí—, porque los kavases tienen necesidad absoluta de hablarte.

—¿Qué tengo yo que ver con ellos?

—Tú con ellos no querrás nada, pero ellos contigo, mucho.

Sus ojos chispearon de rabia.

—¡Fuera esa mano! —me gritó airado.

—¡Bah! Ya cuidaremos de que no alcances a Manach el Barcha.

Y me planté resueltamente delante de él, mientras el herrero, después de colocar la tea en un agujero de la pared, se situaba detrás, sin que el mensajero lo advirtiera. Entonces se dio cuenta de que estábamos enterados de todo y de la necesidad que tenía de proseguir su camino, aunque fuera necesario emplear la fuerza para conseguirlo. Así es que yo, a pesar de mi aparente indiferencia, no perdía de vista sus manos.

El hombre, al verse cogido, exclamó furioso:

—Yo no conozco a esa gente y me iré, pese a quien pese. Conque déjame pasar.

Con un movimiento brusco quiso escaparse buscando la salida, pero fui yo más listo que él y me interpuse obstruyendo la puerta.

—¡Malditos seáis! —exclamó retrocediendo y blandiendo el puñal, que iba a clavarme, cuando el herrero, por detrás, le sujetó el brazo.

—¡Perro! —rugió volviéndose al herrero, con lo cual se quedó dándome la espalda.

Yo le eché entonces ambos brazos alrededor de la cintura, apretándole de tal manera que no pudo moverse, y dije al herrero:

—¡Venga una cuerda, una correa, pronto!

—¡No lo lograrás! —rugía entretanto el *soi-disant* agente, haciendo violentísimos esfuerzos por desasirse. El herrero se apresuró a traer lo pedido, y pocos momentos después aquel hombre yacía bien atado en el suelo.

—¡Así! —refunfuñó Chimín, resplandeciente de satisfacción—. Eso mismo haremos con tus camaradas, los que nos han maltratado a mi mujer y a mí.

—Yo no tengo camaradas —gruñía el preso.

—Ya estamos enterados.

—Exijo que me soltéis en el acto.

—No corre prisa.

—Me tomáis por otro, soy un hombre honrado.

—Pruébalo, si puedes.

—Averiguadlo vosotros.

—¿Dónde?

—En Chinibachlü.

—Eso no está muy lejos. ¿Quién te abona?

—El tintorero Bochak.

—A ese le conozco yo.

—Y él me conoce a mí y os dirá que no soy lo que sospecháis.

El herrero me miró interrogativamente y yo respondí:

—No tenemos prisa en averiguarlo, por de pronto debo registrarte los bolsillos.

Le registramos minuciosamente, no sin oír una retahíla de denuestos por parte del preso, que llevaba encima una cantidad bastante crecida de dinero y otros objetos de uso particular, que volvimos a meterle en el bolsillo. El herrero, que era blando de corazón, me preguntó:

—¿No te habrás equivocado, *effendi*?

—No. Estoy muy seguro de lo que digo, aunque no le hayamos encontrado nada que le comprometa, y hay que encerrarle. Veamos ahora su caballo.

La mujer del herrero no había intervenido hasta entonces en la conversación; pero, al ver que nos íbamos, preguntó:

—¿Le vigilo yo?

—Sí —le contestó su marido.

Entonces se levantó de la cama, encendió unas teas y dijo:

—Ya podéis dejarlo a mi cuidado. Si intenta escaparse le prendo fuego, pues no en vano me he visto enterrada en vida.

—Es una mujercita de primera —manifestó el herrero—. ¿No es verdad, *effendi*?

El caballo seguía atado a la puerta de la herrería. En las bolsas de la silla llevaba provisiones de boca y nada más. Entonces me preguntó Chimín:

—¿Qué más hay que hacer?

—Primeramente llevar el caballo adonde está el mío.

—¿Y luego?

—Luego meteremos al preso en el mismo sitio en que metieron a tu mujer.

—¿Y después?

—Después esperaremos tranquilamente la llegada de los míos.

—¿Qué vas a hacer con el preso?

—Entregarlo a las autoridades de Edreneh.

En cuanto hubimos cuidado de los caballos y supo la mujer del herrero nuestro propósito, se mostró muy satisfecha y aun nos ayudó, a pesar de la resistencia del preso y de sus amenazas, a ponerlo a buen recaudo; luego, no obstante lo avanzado de

la hora, se empeñó en disponernos una cena frugal.

El herrero y yo nos sentamos a la puerta y él se puso otra vez a fumar en la pipa.

—¡Extraña aventura! —exclamó—. Nunca me había visto preso en mi propia bodega ni había tenido cautivo a nadie. ¡Hágase la voluntad de Alá!

El rato se pasó en animada conversación. Luego cenamos y seguimos esperando inútilmente a los rezagados. La buena mujer se acostó y nosotros volvimos a sentarnos en el poyo, junto a la puerta. Así llegó la media noche, dio la una y no había aún señales de mi escolta.

—Se habrán detenido en algún mesón del camino —dijo Chimín, tratando de tranquilizarme.

—No, no; tienen orden terminante de seguirme, algún incidente imprevisto debe de detenerlos, pues saben que han de caminar hasta reunirse conmigo.

—A no ser que se hayan extraviado.

—No los creo tan torpes, y menos a Halef Omar.

—Pues no queda más remedio que armarse de paciencia. La espera no se nos hará tan larga como al preso en la cueva. ¿Cómo pasará el tiempo?

—Lo mismo que tú cuando estabas como él.

—¿De modo que no crees que sea serbio?

—No, miente como un bellaco.

—¿Se llamará Pimosa, como dice?

—Lo dudo.

—¿Y si te equivocaras?

—¿Acaso no le has visto sacar el puñal? Créeme, si llega a poder, nos deja secos. Si es inocente ¿por qué no pide que lo llevemos ante el kiaya? Eso es lo que se le ocurre a toda persona de bien. ¿De modo que tú conoces al tintorero de quien nos ha hablado?

—¡Ya lo creo!

—¿Qué casta de pájaro es?

—Un vago, flojo y gordo como un tonel.

¡Extraña coincidencia! Al tintorero le habían llamado Bochak, que significa también perezoso y lento. Seguí en mis averiguaciones:

—¿Está bien de intereses?

—No, por causa de su gandulería. Además, no es solamente tintorero, sino panadero.

—Y en ese otro oficio ¿es más activo?

—¡No! La casa se le viene abajo por no molestarse en componerla. Su mujer ha construido el horno, ha fabricado la artesa de amasar y reparte el pan a la clientela.

—¿También es ella la que amasa?

—Todo lo hace la mujer.

—¿Y también tiñe?

—También.

—Entonces ¿a qué se dedica el marido?

—A comer, beber, fumar y tener su *kef*.

—Entonces no es milagro que sean pobres. Viven en Chinibachlü, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Es un pueblo?

—Una ciudad casi.

—¿Lejos de aquí?

—Hay dos horas de camino. En cuanto se pasa por nuestra aldea de Kochikavak, hay que atravesar el río por el puente y de allí parte un sendero hacia el Sur, que termina en Chinibachlü.

—Por lo demás, ¿de qué fama goza el tintorero?

—No estoy enterado.

—Habla con franqueza.

—Hace años que le rasgaron las orejas.

—¿De veras?

—¿Ignoras a quiénes se impone ese castigo?

—¿Acaso al panadero que expende la mercancía falta de peso?

—No, al contrario, expendía panecillos demasiado grandes. Al que los vende demasiado pequeños se le clava por una oreja a la puerta de la panadería, pero no se le rasgan las orejas.

—Pero, siendo tan pobre, ¿cómo daba pan de más?

—No creas que porque fueran mayores los panes gastara más harina. Sus panes pasaban la frontera, y un día les chocó a los aduaneros que la mercancía pesara tanto. Abrieron un pan y se encontraron con que dentro había una porción de cosas de las que pagan derechos.

—¡Ah! ¿Con que se dedica al contrabando?

—Así parece; por lo menos si no es contrabandista, lo fue.

—¡Ah! Entonces me interesa hablarle.

—¿Para qué? Yo creía que te irías con tus compañeros, en cuanto llegasen.

—Eso pensaba; pero ya que el panadero responde de nuestro preso, según éste dice, creo que podrá enterarme de cosas que me conviene mucho saber.

—Pero aguardarás a que se haga de día.

—En efecto, pues los míos podrían pasar de aquí a entonces.

—¿Por qué esperarlos aquí? Más valdría que te acostaras un poco.

—No me atrevo, si no saben que estoy aquí no se detendrían.

—Yo velaré, *effendi*.

—Eso sería mucho pedir.

—Nada de eso, más has hecho tú por nosotros, cien veces más. Sin tu arrojo, a estas horas seríamos ya cadáveres. ¿Y voy yo a regatearte unas horas de descanso? Sales al romper el día y yo espero aquí a los tuyos. Vete a dormir tranquilamente, que yo puedo descansar mañana, mientras que tú has de continuar tu viaje.

Tuve que reconocer la justicia de sus argumentos y como me caía de sueño, accedí. Su mujer se levantó a prepararme una cama y después de prometerme que no apagaría la fragua en toda la noche, me dormí como un bendito.

## CAPÍTULO 7

### Un conspirador

Cuando desperté estaba todavía el cuarto a oscuras, a pesar de lo cual me levanté repuesto y descansado como pocas veces. El enigma se resolvió por sí mismo al advertir que todas las aberturas estaban herméticamente cerradas por las contraventanas. Abrí una de éstas y vi que el sol estaba ya muy alto en el horizonte. Salí afuera y encontré al herrero en la fragua trabajando, mientras su mujer le daba al fuelle.

—Buenos días —me dijo riendo—. Has echado un buen sueño, *effendi*.

—Desgraciadamente, y tú también.

—¿Yo? ¿Qué dices?

—Que no veo a mi gente.

—Yo tampoco la he visto.

—Habrán pasado sin que te enteraras.

—¿Cuándo?

—Durante la noche.

—¿Por eso crees que me he dormido?

—Lo supongo.

—Pues no he pegado los ojos; pregúntaselo a mi mujer, que en cuanto te acostaste vino a hacerme compañía. Juntos hemos velado en vano.

—¿Y habéis tenido la fragua encendida?

—Hasta ahora; palabra de honor.

—Pues me da mala espina. Tendré que ir en su busca.

—¿No decías que en cuanto amaneciera irías a Chinibachlü?

—Eso pensaba; pero ahora...

—No te preocupes, *effendi*; ya llegarán tus compañeros. Habrán tenido la precaución de no atravesar de noche un país desconocido.

—No debe de ser eso lo que los retrasa. Me temo que hayan tropezado con alguna dificultad invencible o que hayan perdido el rumbo.

—Bueno, tanto en un caso como en otro vale más que vayas a Chinibachlü, pues ya sabrán ellos quitarse de en medio los estorbos y venir a encontrarte, y si se han extraviado no tardarán en hallar el camino. ¿Por qué poblados tenían que pasar?

—Les mandé que desde Dere-kiöi fueran a Mastanly.

—Entonces tienen que pasar por aquí forzosamente. Si hay que salirles al encuentro, vale más que lo haga yo. Iré en el caballo del preso.

—No está mal pensado. ¿Le has visto hoy?

—Sí; he ido a ver lo que necesitaba.

—¿Qué te ha dicho?

—Se ha deshecho en improperios, exigiendo que le soltáramos inmediatamente, y cuando le he contestado que no estaba en mi mano me ha mandado que te llamara.

—Iré gustoso a oírle.

—No vayas, *effendi*.

—¿Por qué?

—Es muy zorro. Quiere ser libre, sino por la fuerza por la astucia.

—No temo a su fuerza ni a su malicia. Bien atado como está ¿qué daño puede hacerme? Ni siquiera puede alargar una mano para tocarme.

—Querrá convencerte con sus palabras.

—No es fácil, pues no soy de los crédulos ni de los que cambian de parecer cada cinco minutos. Además, puedes presenciar la entrevista. Vamos allá.

Nos disponíamos a levantar la trampa de la cueva, cuando se nos acercó la mujer y tocándome misteriosamente el brazo, dijo en voz baja:

—¡Ya he dado en ello, ya he dado en ello!

—¿En qué? —contesté soltando la anilla de la trampa.

—En su rostro, en esa cicatriz.

—¿Te refieres al preso?

—Sí, *effendi*, era que se me había olvidado.

—¿Entonces le conocías?

—Sí, pero no sabía de qué. Toda la noche he estado dándole vueltas a la memoria y devanándome los sesos por recordar dónde había visto yo a ese hombre. De repente lo he recordado.

—Ven a la otra habitación. Aquí podría oírnos.

Pasamos al aposento contiguo, donde el herrero dijo, asombrado, a su esposa:

—¿Le habías visto ya en otra parte? ¿De modo que te has pasado la noche sentada en el poyo, cavilando sobre lo mismo y nada me has dicho?

—No quería decírtelo sin estar segura. Si me hubiese puesto a hablar se me habría ido por completo del magín.

—Puede que tengas razón —observé yo entonces—, y has hecho muy bien en asegurarte antes. Conque, veamos, ¿dónde le conociste?

—En Topoklú.

—¿Cuándo?

—La primavera pasada, en casa de una amiga.

—¡Ah! ¿Fue cuando fuiste a cuidar a la enferma? —preguntó el herrero.

—Eso mismo.

—¿Qué hacía ese hombre en casa de tu amiga?

—Entró a comprar pólvora.

Y volviéndose a mí, continuó:

—Has de saber, señor, que el marido de mi amiga tiene un pequeño bazar en que hay un poco de todo. Me rogaron que fuera a cuidarla durante su enfermedad, por no



tener quien pudiera hacerlo. Un día estaba yo en la trastienda cuando entró ese hombre a comprar municiones y se empeñó en probarlas allí mismo. El tendero le rogó que no disparara, pues tenía a su esposa en cama y se asustaría; pero a pesar de sus ruegos cargó la pistola, apuntó al remate de la casa de enfrente, que figuraba una cabeza de caballo, y salió el tiro.

En efecto, los búlgaros son aficionados a adornar su vivienda con cabezas de caballo u otros animales, como bueyes o mulos.

La mujer prosiguió:

—La enferma gritó de miedo al oír el disparo; pero el comprador soltó una carcajada y continuó tirando, y al oponerse el tendero, le amenazó con la pistola cargada. Por fin, pagó y salió de la tienda, pero antes de soltar el dinero dijo que en realidad no debía dar un cuarto, puesto que pertenecía a la banda de conspiradores.

—¿Qué gente es esa? —pregunté yo entonces.

—¿No lo sabes? —me contestó el herrero.

—En mi vida los he oído nombrar.

—Pues bien, los conspiradores no obedecen al sultán y sueñan con establecer un reino búlgaro con su rey propio, independiente.

—¿Y se atreven a declararse públicamente conspiradores?

—¿Por qué no? El sultán vive en Estambul, y conforme te alejes de la capital verás disminuir en proporción su poder. Además, cuando el conspirador corre algún riesgo, se va a los montes, y en paz. Sigue contando, esposa mía.

—Yo, que miraba por las rendijas del tabique de cañizo, vi al conspirador, que llevaba un gran parche en la mejilla derecha; y cuando la enferma preguntó después al tendero quién era aquel hombre tan descortés, respondió que pertenecía a la sociedad de los rebeldes; que vivía en Palatza; que se llamaba Mosklán y que en realidad era un chalán, pero había dejado tan lucrativa profesión para dedicarse exclusivamente a la asociación secreta. Nos encargó encarecidamente que no dijéramos una palabra de lo ocurrido. También nos dijo que aquel hombre rara vez paraba en su propia casa, por hallarse siempre vagando por el país.

—¿Y crees que es el mismo que tenemos preso?

—Sí, aunque ya no lleva el parche con el cual le conocí, y por eso me ha tenido tan desconcertada. Algo me decía, al verle, que yo había visto aquella cara en otra parte, pero no podía recordar dónde. Pero después me fijé en la cicatriz que tiene en el carrillo derecho y por fin me he convencido de que es el mismo.

—¿No estarás equivocada?

—No, juro que es él.

—¡Pero si se llama Pimosa y es serbio y agente, de Lopaticza, a orillas del Imbar!

—Eso es un embuste.

—Lo mismo pensé yo desde un principio. Habla valaco y al parecer con el mismo acento que los de la comarca de Slatina.

—¡Slatina, sí, sí! —asintió la mujer entusiasmada—. El tendero le conocía mejor

de lo que nos quería dar a entender, pues en cuanto se marchó el comprador, le llamó valaco, yaúr, russialy, katolik, hereje de Slatina.

—Eso demuestra que sabía más de lo que decía, incluso que la patria de ese hombre es Slatina.

—Además, recuerdo que llevado de la cólera le llamó soplón de amotinados y correveidile de los revolucionarios.

—Eso es muy importante y acaso pueda averiguar más datos en casa del panadero gordinflón de Chinibachlü.

—¿De veras vas allá, *effendi*?

—Sí, y enseguida.

—¿Se lo dirás al preso?

—Claro que sí, puesto que él mismo me ha citado al panadero por fiador.

—¿Piensas decirle también que sabemos quién es?

—No; eso sería una imprudencia de la cual no quiero hacerme responsable. ¿Tenéis algo más que observar?

—Yo no —replicó la mujer—. Ya he dicho todo lo que sé; pero permite que te pregunte algo que me preocupa mucho.

—Pregunta sin duelo; acaso sean infundados tus temores.

—¡Ojalá fuera así! Digo yo que si ese hombre pertenece al partido de los rebeldes, corremos gran riesgo nosotros por haberle apresado, y en cuanto pueda tomará venganza sangrienta, si no por sí mismo por medio de sus camaradas.

—En efecto, es una idea que debéis tener en cuenta; pero acaso podamos dar tal giro al asunto, que no tengáis que temer nada. Sus compinches os maltrataron y tenéis sobrados motivos para responder en la misma forma. Ante todo, quiero hablar con él, ya que dice tu marido que me ha llamado.

Encendimos una tea, abrimos la trampa, colocamos la escalera y bajé al fondo de la cueva. El preso, que estaba acostado encima del carbón, me recibió con una salva de injurias.

—¿Crees mejorar así tu situación? —le pregunté.

—¡Suéltame! —rugió furioso—. No tienes derecho a tenerme encerrado aquí. ¿No te ha demostrado el panadero Bochak que estás en un error?

—No he tenido aún el gusto de verle.

—¿Y por qué no? La villa no está lejos. Apenas serán las doce y habrías tenido tiempo de ir a Chinibachlü y volver.

—Te equivocas, no es tan tarde como supones. Sin embargo, me pondré en camino enseguida. Quedamos en que ese hombre responde de ti.

—Sí, pregúntale por el agente Pimosa.

—¿Sabe que no has estado ahora en Edreneh?

—Sí, él te confirmará que he estado últimamente en Mandra y Bolchibak.

—¿Cómo va a saberlo?

El preso vaciló en contestar y acabó por decir, después de una pausa:

—Ya te lo diré él.

—Preferiría oírlo de tu boca. Es mi único medio de dominar mis recelos.

—No veo por qué.

—¿Quieres que te lo explique? Pues bien, al callar deseas evitar que haya contradicción entre lo que digáis uno y otro. De modo que vale más que me digas si estuvo contigo en los lugares que citas.

—No necesito dar más explicaciones. Ve y pregúntaselo a él.

—Al parecer no tienes ganas de mejorar tu situación. ¿Qué necesidad tengo yo de ver al tal Bochak? ¡Medita!

—Lo exijo, para que te convenzas de mi inocencia.

—Si fueras tan inocente como dices, tú mismo me darías los datos que pido.

—Dile que me tenéis metido en esta cueva.

—¿Para que venga a sacarte? No lo esperes. Para proponerme semejante embajada debes de creer, sin duda, que todavía soy yo más cándido que tu pícaro. Mas para evitar tus reproches iré a hablar con ese panadero, el cual puede que me entere de lo que a ti no te conviene que yo sepa. ¿Tienes apetito?

—No.

—¿Ni sed?

—Tampoco; prefiero morir rabiando a aceptar una sola gota de agua de gentuza como vosotros.

—Como gustes —contesté; e hice ademán de tomar la escalera cuando me dijo en tono duro:

—Exijo que se me suelten las ataduras.

—A gentuza indigna de ofrecerte agua no debes pedirle tanto.

—¡Es que me hacen daño!

—No importa, la sed también duele y no obstante quieres sufrirla por no debernos favores. Por lo demás, sé muy bien que las ligaduras no te hacen daño; además, recuerda ahora las palabras del Profeta: «Cuando los padecimientos te abruman piensa que las más de las veces no es por voluntad de Alá, sino por la tuya propia». Medita bien estas palabras mientras vuelvo.

El preso prefirió dar la callada por respuesta.

Entretanto, Chimín había acercado mi caballo a la puerta de la casa y luego fue a buscar el jaco del conspirador.

—¿Estás decidido a partir en busca de mi gente, Chimín? —le pregunté.

—Si lo permites, sí, *effendi*.

—¿No juzgas más necesaria aquí tu presencia?

—Queda mi mujer para vigilar al preso.

—¡Quién sabe lo que puede ocurrir estando fuera tú y yo!

—¿Qué va a pasar? Creo conveniente que los tuyos sepan dónde te hallas y que los aguardas. Sólo iré hasta Dere-kiöi. Si hasta allí no dado con ellos, me vuelvo a escape.

—¿Y si pasan por aquí sin que tú los veas?

—Mi mujer cuidará de que no pasen sin entrar en la herrería.

—Hágase como desees. Sobre todo ha de tener buen cuidado de que nadie se entere de que tenemos a un hombre en la cueva.

La mujer, que nos escuchaba, respondió:

—Vete a Chinibachlü sin el menor recelo, *effendi*. Todo se hará lo mismo que si estuvieras tu presente.

Tranquilizado por su seguridad, monté a caballo. Me asaltó un momento la idea de dejar mis armas largas, por no ir tan cargado; pero eran tan preciosas para mí que no quise separarme de ellas, pues no ofrecía la casa ningún lugar seguro para ocultarlas.

## CAPÍTULO 8

### El librero enamorado

No estaba el pueblo muy lejos de la herrería. Lo atravesé en un santiamén, pasé el puente y me dirigí al Sudeste y no al Sur, como me había dicho el herrero. Dejé atrás unos cuantos maizales, otros tantos prados y llegué por fin a terreno inculto. No había camino ni sendero propiamente dicho; cada cual elige a pie, a caballo o en carro el terreno que más le acomoda. Así es que no me sorprendí al ver a mi derecha y a cierta distancia a un jinete que al parecer seguía mi misma ruta. Al verme se me acercó con mucha premura y en cuanto estuvo cerca me examinó de pies a cabeza, sin saber a qué carta quedarse respecto de mi persona; por fin, tomando una resolución espoleó a su caballo hasta ponerse a mi lado.

—¡*Sabalihak bilcheer!*<sup>[51]</sup> —me dijo saludándome en perfecto árabe, con gran sorpresa mía.

—¡*Allah yusabbihak bilcheer!*<sup>[52]</sup> —le contesté a mi vez afectuosamente, pues enseguida me fue simpático el jinete.

No tenía aspecto de rico; su jaco escasamente valdría trescientas pesetas y su traje era humildísimo pero de una limpieza extraordinaria en aquella comarca y el caballejo también estaba bien cuidado aunque no tan bien alimentado; la almohaza y la bruza habían suplido la escasez de avena y cebada. Un caballo limpio y acepillado hace siempre buena impresión, a todo jinete. Además, el muchacho era una gran figura y su rostro, adornado de hermoso bigote, ostentaba una expresión tan franca y leal que me reconcilió con él a pesar de que había venido a interrumpir mis meditaciones.

—¿Habla usted árabe? —me preguntó mostrando su satisfacción al ver que no se había equivocado respecto de mí.

—Algo y con mucho placer.

—¿Quiere usted decirme de dónde viene?

—De Kochikavak.

—Gracias.

—¿Es que desea usted que vayamos juntos?

—Se lo agradecería en extremo.

Ante respuesta tan grata a mis oídos, sentí que se aumentaba la simpatía que me inspiraba el jinete, a quien pregunté cómo se le había ocurrido saludarme en árabe. Sus ojos se iluminaron al señalar a Rih y decirme:

—Sólo un árabe puede montar un *nechi* como el suyo. Es un potro del desierto, de pura sangre. ¡Por Alá, tiene rojos los ollares! Seguramente su madre fue una yegua *koheli*.

—Tiene usted buen ojo, el árbol genealógico de mi Rih confirma lo que usted supone.

—¡Hombre opulento y venturoso cual ninguno! Tanto los cascotes como las ranillas denotan que la patria de ese caballo no es el desierto de arena, sino la Arabia Pétreo.

—También ha acertado usted. ¿Es usted de aquí?

—Sí, señor.

—Entonces ¿cómo es que conoce usted tan bien los caballos árabes?

—Soy *hachi*. Después de haber absuelto mis pecados en la Meca, pasé a Taif, donde entré a servir en la caballería del gran jerife de la Meca.

Ya conocía yo a la flor de la caballería y no ignoraba lo bien montada que iba. El gran jerife posee unas caballerizas de gran fama y por tanto no extrañé ya que aquel joven tuviera tan hondos conocimientos hípicas. Empezaba a interesarme el encuentro en aquellas tierras con un exsoldado del gran jerife de la Meca.

—¿Por qué no continuó usted en su empleo? —le pregunté luego.

El muchacho se puso como la grana, bajó los ojos, volvió a clavarlos de lleno en los míos y acabó por murmurar:

—¡*Mahabbe!*<sup>[53]</sup>

—¡*Velak!*<sup>[54]</sup>

Había yo lanzado este lamento en son de broma; pero el joven puso una cara tan seria y se quedó tan meditabundo que pronto adiviné lo que le pasaba. Claro está que tratándose de una cuestión de índole tan delicada no creí conveniente molestarle con preguntas. Así es que, llevando la conversación por otros cauces, continué:

—En lo relativo al caballo ha estado usted en lo cierto; pero respecto del jinete padece usted una equivocación.

—¿Conque no es usted beduino?

—¿Parezco acaso un *bedaví* a caballo?

—No, señor, y eso, precisamente, me ha llamado la atención.

—Es usted franco.

—¿Qué pierdo con serlo?

—Por Alá, diga usted todo lo que siente.

—Pues, la verdad, me ha chocado que el dueño de tan precioso caballo monte de un modo tan desastroso.

—¡Es caso frecuente en este pícaro mundo!

El hombre me miró con cara compungida y me preguntó:

—¿Se ha enfadado usted?

—Nada de eso.

—Pues lo parece.

—No, hombre, no se preocupe, lo mismo que me ha dicho usted lo dijeron ya otros sin que por eso me ofendiera.

—¿Por qué no aprende usted a montar?

—¡Me lo he propuesto tantas veces!

—No lo creo —dijo sonriendo el joven.

—¿Lo duda usted?

—Sí, señor.

—Pues, bien, sepa usted que hace años que sólo echo pie a tierra para descansar.

—¡*Allah akbar!*<sup>[55]</sup>. Él crea a los hombres y dota a cada uno de una habilidad y de un defecto especial. Yo conocí a uno que no sabía silbar y por más que hacía no lo logró jamás, en cambio, otros silban ya en la cuna. A usted le ha pasado lo mismo en eso del montar. Alá le habrá dado a usted, en cambio, otro talento.

—Ha acertado usted.

—¿Puedo saber qué es ello?

—Ya lo creo, la bebida.

—¿Es eso alguna habilidad, por ventura?

—Indudablemente, yo bebía ya cuando llevaba pañales.

—¡Guasón!

—¿No lo cree usted?

—Claro que sí; es un talento que todos desde el nacer tenemos; pero no creo que sea motivo para enorgullecerse. Saber montar bien es un poco más difícil.

—Lo voy notando...

Con cara de compasión me miró el hombre de pies a cabeza y acabó por decirme:

—¿Tiene usted la espina dorsal en buen estado?

—Sana y buena, a Dios gracias.

—¿Y el pecho?

—Magnífico.

—Entonces ¿por qué se encorva usted tanto y mete el pecho para adentro?

—Así he visto montar a millares de jinetes.

—Porque no sabrían una palabra de equitación.

—Al contrario, eran excelentes. El buen jinete, el que quiere a su caballo, sabe ahorrarle peso, es decir, trata por todos los medios de descargarlo, y eso lo ignoran en absoluto los turcos y los árabes.

—No entiendo lo que quiere usted decir.

—Ya lo sé.

—Entonces no es usted árabe.

—No, señor.

—¿Pues qué?

—Nemche.

El joven asintió gravemente con la cabeza, diciendo:

—En Estambul vi a gente de *Alemaña* que vendía lienzos, arpilleras y cuchillería. Los nemche son aficionados a la cerveza y al canto, pues mientras bebían cantaban canciones de su tierra; pero a caballo no vi a ninguno. ¿Hay muchos soldados en su tierra?

—Muchos más que en *Osmanly memleketi*.

—Pero de caballería andará muy mal.

—Mis paisanos montan como yo.

—¿Es posible?

—¡De veras!

—¡Qué lástima tan grande! ¡Es verdaderamente triste!

Lo decía con toda sinceridad sin que yo me diera por ofendido; pero por fin debió de creer que se excedía, pues me preguntó:

—Usted es forastero en el país; ¿sería indiscreción preguntarle adonde va? Acaso podría servirle en algo.

No creí prudente ser demasiado explícito y así me contenté con responder:

—Primeramente a Chinibachlü.

—Pues entonces aún tenemos un cuarto de hora para ir juntos: después mi camino se desvía hacia Kabach.

—¿Vive usted allí?

—Sí, señor, adivine usted qué soy.

—Es difícil; pero me admira que entrara usted tan joven al servicio del gran jerife y que lo dejara usted tan pronto.

—Ya le dije por qué. Soy relojero y librero, todo en una pieza.

—¿Tiene usted tienda abierta?

—No. Llevo toda mi tienda en el bolsillo, vea usted mi mercancía.

Metió la mano en la faltriquera y sacó un papel con la *fatha*, o sea el primer sura del Corán, escrito en caracteres *nesji* con caña recortada y goma disuelta y dorados después. Era vendedor ambulante de esos piadosos billetes de los cuales llevaba gran número.

—¿Son de la Meca? —le pregunté.

—Sí, señor.

—¿Escritos por los santos guardianes de la Kaaba?

El joven puso cara picaresca y se encogió de hombros, y yo le dije:

—Ya comprendo; eso creen los compradores.

—Así es, usted es nemche y por tanto cristiano, y así no hay inconveniente en que se entere de qué yo mismo tracé en la Meca estos caracteres. Tengo un gran depósito de ellos, y hago buen negocio.

—¿Cuánto cuesta el ejemplar?

—Depende de la posición del comprador. Los pobres me pagan una piastra o se lo doy gratis; en cambio, a los ricos les hago soltar diez piastras o más. Con lo que gano mantengo a mi padre, que está baldado, y compro material para mi relojería.

—¿De modo que sigue usted con el oficio de relojero?

—En parte, ahora estoy construyendo un reloj para ofrecérselo al Gran Señor. En todo el país no habrá ninguno que le iguale, y si me lo compra me daré por feliz.

—¿Es alguna obra de arte?

—Sí, señor.



—¿Y conseguirá usted acabarla?

—Seguramente. Al principio tenía mis temores de no poder llevarla a cabo; pero ahora estoy ya convencido de que haré algo muy notable y entonces, entonces le pondré las peras a cuarto a ese Bochak...

Pronunció estas palabras en tono tan amenazador, que me llamó la atención, tanto más cuanto que aquel era el apodo del panadero.

—¿Bochak ha dicho usted? ¿Quién es ese hombre?

—El padre de ella.

—¿Y por qué no le habla usted?

—Porque me echaría a puntapiés de su casa. Soy pobre, demasiado pobre para acercarme a él.

—¿Tan rico es ese sujeto?

—No; pero ella es la niña más bonita de Rumilí.

Hice un movimiento con el brazo, señalando al sol y dije:

—¡Qué calor hace!

—Aquí es donde arde —replicó levantando el puño amenazador en dirección a Chinibachlü—. Ya fui a hablar con él, pero me despidió con cajas destempladas.

—¿Y la más hermosa de Rumilí se muestra también tan intransigente?

—Al contrario, nos vemos todas las noches.

—¿En secreto?

—¡Claro! Públicamente sería imposible.

—¿Qué oficio tiene su padre?

—Panadero y tintorero. La hija se llama Ikbala<sup>[56]</sup>.

—Hermoso nombre, en verdad. Deseo que resulte así para usted.

—Así será, pues tal es la voluntad de Alá y la mía. La madre protege nuestros amores.

—¡Alabado sea Dios!

—Sí, vigila para que no se despierte el marido y nos sorprenda. ¡Alá le dé en pago del favor muchos años de vida y nietos en abundancia, y en cambio el viejo masque ajos y beba tinta hasta que se decida a ser mi suegro!

—Entonces podría usted emplearlo como tintero en caso de agotar su provisión actual y de necesitar tinta para escribir esos suras. ¿Dónde vive el padre cruel de tan bella hija?

—En Chinibachlü.

—Ya; pero ¿en qué calle?

—Entrando en el pueblo, la quinta casa a mano derecha. Delante de la puerta hay una muestra que representa una torta de manzanas, un guante amarillo y una media roja, a fin de que todo el mundo sepa que Bochak es panadero y tintorero a la vez. ¿Por qué lo pregunta usted?

—Quisiera conocer a ese déspota.

—Pues es muy sencillo.

—¿Cómo?

—Mandándole teñir alguna cosa.

—No tengo qué, a no ser que me tiña de azul el potro. Lo malo es que no tendría tiempo para esperar que acabara.

—Pues vaya usted a comprarle pasteles.

—¿También es pastelero?

—Sí, hace de todo.

—¿Confito también medias y guantes? Podría ocurrirle alguna vez, por equivocación. A ver, calle usted un momento. ¿No oye?...

Y parando en seco mi caballo agucé el oído.

—No oigo nada —respondió el mancebo.

—Me pareció que llamaban desde lejos.

Seguimos parados, escuchando, y, en efecto, el grito extraño volvió a repetirse.

—Es como si gritara alguna persona emparedada, ¿verdad?

—Es el croar de una rana.

—Pues yo no he oído nunca croar a las ranas de esa manera.

—Será un sapo, los escuerzos suelen cantar así. Parece que procede de ese rosal silvestre, y está tan bajo que si fuera una persona la que gritara desde allí por fuerza habíamos de verla. No hay duda de que es un sapo. Pero ya hemos llegado al punto en que me es forzoso separarme de usted, mi camino se dirige a la derecha.

—Desearía saber su nombre antes de separarnos.

—Me llaman Sahaf Alí. El librero.

—Gracias. ¿Qué distancia hay de Chinibachlü a su pueblo?

—Tres cuartos de hora a caballo. ¿También piensa usted ir a Kabach?

—Todo es posible.

—Pues me alegraría mucho, porque podría conocer su opinión respecto del reloj que estoy fabricando, y además le haré unas preguntas que no me he atrevido a dirigirle ahora, por no ser indiscreto.

—Pues yo bien lo he sido con usted.

—A usted le está permitido y a mí no. Usted guarda el incógnito, seguramente.

—Está usted en un error.

—Al contrario, aunque monte usted mal, yo le tengo por un gran sabio o un *effendi* de la corte imperial, que también los hay cristianos. Si fuera usted musulme, habría saludado mi billete al ver escrita la *fatha*, como es costumbre. Pero yo sé que el Gran Señor tiene infieles a su lado y supongo que su magnífico caballo procede de las caballerizas del Padichá. ¿Verdad que acierto?

—No, señor.

—Bueno, pues me callo.

—Hace usted bien. ¿No podría usted decirme cómo conoceré su vivienda?

—Nada más fácil. Precisamente está en las mismas condiciones que la de mi futuro suegro, es decir, según vaya usted de Chinibachlü a Kabach, la quinta casa a

mano derecha. No puede llamarse casa, pues más bien es una choza. Mi padre era un pastor pobre y mi madre vivía aun cuando fui en peregrinación a la Meca. Murió ella durante mi ausencia y poco después le dio a mi padre un ataque que le dejó parálítico y ahora apenas puede pronunciar tal cual palabra y se pasa los días pidiéndole a Alá la muerte para no seguir siendo una carga para mí. Pero yo, sin que él lo sepa, ruego al Amor Divino que me lo conserve aún muchos años, pues padres no hay más que uno y cuando desaparecen entierra el hijo con ellos la mejor parte de sí mismo. Una vez, siendo yo niño, llegó un anciano a la puerta de mi casa pidiendo hospedaje. Le dimos una cama, pan y leche, que era lo único que podíamos darle. Aquel día había hecho yo enfadar a mi madre, y el anciano, que era un católico romano e ignoraba el turco, sacó, no obstante, un papel en el que se puso a trazar un sura de la Biblia, que es el libro santo de los cristianos; y dándomelo me encargó que lo aprendiera de memoria y no lo olvidara nunca. Desde entonces ese papel no se ha separado de mí; lo llevo a manera de amuleto, y aunque está rasgado y deshecho, me quedaron grabadas sus palabras en la memoria y en el corazón y así seguirán hasta que el Ángel de la Muerte me llame.

Profundamente conmovido, contemplé al joven, cuyos ojos se habían humedecido, y le pregunté:

—¿Qué versículo es?

—Dice así: *Bir göz zevklen babayi, bir göz itaat etmes, kargalar onu kasar laryrtak yakinda gench kartalar onu yutar-lar.*

Estas eran textualmente las palabras bíblicas: «El ojo que se burla de su padre y se niega a obedecer a su madre, será sacado por los cuervos y comido por las águilas», y constituían una prueba más del poder irresistible de la palabra divina, que obra «como el martillo que deshace la roca».

Tendí la mano al librero y le pregunté:

—¿De modo que quiere usted mucho a su padre?

—¡Señor, vaya una pregunta! ¿Habría algún hijo que no quiera a sus padres? ¿Habría alguno que olvide lo que les debe?

—Tiene usted razón, mi pregunta era superflua. Acaso llegue yo a conocer a su padre y entonces escribiré yo también un versículo como el que escribió para usted el anciano católico romano, y si se cumple el deseo que tengo en secreto, me será posible darle a usted una gran alegría. No salga usted fuera del pueblo a fin de que le encuentre cuando vaya yo a verle. ¡Allah juselimak!<sup>[57]</sup>

—¡Fi amán Allah!<sup>[58]</sup> —me contestó llevándose mi mano a la frente.

Luego hizo tomar a su caballo el camino *al el meimené*<sup>[59]</sup> y partió al trote.

## CAPÍTULO 9

### Fresa entre zarzas

**Y**o me quedé mirándole hasta que lo vi desaparecer detrás de la maleza y proseguí mi viaje. Pero no había andado muchos pasos cuando vi en el suelo algo que no se me habría ocurrido buscar en aquel sitio, o sea un roscón dorado y apetitoso, con su corteza bien recortada, y seguido de ocho roscones más.

Esta clase de pastelería introducida por los extranjeros en Turquía se llama allí *franchela*<sup>[60]</sup>.

Me apeé y recogí la rosca, reminiscencia de la patria, recién salida del horno, olorosa y crujiente. ¿Qué hacer con ella? Sin darme cuenta rompí un pedazo y se lo alargué a mi caballo, que no obstante tratarse de un manjar desconocido no tuvo escrúpulo ninguno en comérselo. Fuese *chass etmek* o *franchela*, *semmel* alemán o *roll* inglés, *pain blanc* francés o *piccolo pane* italiano, *bulka* y *pszenna* polacos o *pletENZA* serbia, *pune* valaco o *bulka* ruso, mi potro no experimentó ningún género de impedimento ni lingüístico ni patriótico, sino que después de olerlo bien y probarlo, me arrancó de la mano el resto del roscón.

—*Ma li hadche fih, sufra daime tajib heivan.*<sup>[61]</sup>

Después de haberse tragado la exquisita golosina, Rih me dio las gracias frotando su hermosa cabeza en mi hombro; luego monté y... a veinte pasos volví a topar con otro roscón.

¿Qué significaba aquello? Esa clase de maná no llueve del cielo ni surge espontáneamente, ni brota en el *Fraxinus ornus*, ni rastrea por el suelo con la *Sphacrothallia esculenta*.

Volví a apearme y recogí el roscón, que guardé en la bolsa de la silla; pero apenas me había montado otra vez cuando apareció otro roscón. ¿Iba a apearme de nuevo? ¡Eso sí que no! Piqué espuelas a mi caballo, que se extendió hasta casi rozar el suelo con el vientre y al vuelo levanté el bollo al tiempo que veía otros varios esparcidos por el suelo.

¿Qué *roll boy* americano habría pasado por allí con el carrito agujereado? Aunque tan emprendedores *gentlemen* gustan mucho del negocio, no creo que se alejaran tanto de la tahona nacional para que fueran a regar con su mercancía aquellos andurriales balcánicos. Hice tomar a mi caballo más lenta andadura y entonces pude comprobar que el camino estaba sembrado a trechos de toda clase de productos de panificación. ¡Aquella tierra era Jauja! ¡Bendita Rumelia!

No traté ya de recoger más mercancía sino de alcanzar al benéfico proveedor de tan alimenticio sendero. Una isleta de maleza en medio del llano inculto me lo descubrió, en efecto, allí estaba el generoso sembrador, en figura tan real y verdadera,

que no había más que pedir y que era ni más ni menos lo que los árabes llaman *baghl*, los turcos *katyr*, los sabios de occidente *equus hinnus* y los ignorantes de todas partes, con gran falta de respeto, llamamos *mulo*.

Allí estaba, pastando, no los roscones que tanto gustaban a mi noble corcel, sino exquisitos dulces, los más finos y caros que se fabrican, los que hacen las delicias de las damas occidentales como postres y saborean a todas horas las golosas bellezas del Oriente, de labios rojos y dientes negros. Verdad es que la calumnia afirma que las golosas de Occidente no se contentan ya con que les sirvan de postre, sino que entre comida y comida se atracan también de esos dulces manjares.

Desmonté por tercera vez; el mulo me miró, contempló un momento a mi potro, y luego, inconsciente de su culpa, nos volvió la grupa sin darse cuenta al parecer de que la substracción y el aprovechamiento de la mercancía en su propio beneficio es una falta que el juez castiga con la mayor severidad. ¿Acaso contaba ya desde el principio con circunstancias atenuantes? Fuese lo que fuese, a mí debía serme indiferente; pero no a él, pues aun el desconocimiento absoluto de las leyes no exime al culpable. Así, pues, como se diría en lenguaje diplomático, «me dediqué a estudiar más a fondo la cuestión de los bollos».

El mulo llevaba encima un extraño armatoste, en parte jamuga y en parte albarda. A ambos lados iba un cesto, cuyo contenido debió de constar de las roscas, bollos y dulces esparcidos por el camino. El animal debió de espantarse por algún motivo y había emprendido una carrera loca; con el movimiento se habían aflojado las ligaduras de los cestos que, volcándose en parte, habían sembrado su sabrosa carga en el polvo del camino. El mulo había tenido la admirable ocurrencia de atravesar la maleza y con ello se le había enredado el ronzal en el ramaje.

Así quedaba enredado en las propias redes de su picardía, imagen viva del criminal cautivo; yo era la encolerizada Erinea, la vengativa Euménide, y él, el culpable, se atracaba de dulces. ¿Por ventura se apoyaba en la no existencia del delito?

Pues yo esperaba hacérselo comprender con todo el rigor del código.

Los cestos yacían en tierra, cerca de los restos de su contenido. Yo le solté al honorable Sir Ass un latigazo en los lomos, a fin de despertar su conciencia dormida, lo cual le hizo dar un bote de carnero y mirarme con expresión interrogativa de reproche, haciendo un estupendo molinete con sus orejas. Luego le solté el ronzal y le conduje a otro sitio para atarle de veras.

A lo menos salvaba así los restos del festín, y entonces se me ocurrió la duda de si el mulo haría el viaje solo y por su cuenta y riesgo o si habría salido del hogar familiar en compañía de su dueño y señor. Sentí una fuerte inclinación hacia esta última sospecha, a la cual me agarré con toda la vehemencia de mi carácter. En tal caso, se presentaba otra cuestión, el acompañante del culpable ¿era jinete o peatón, añadiendo la final del femenino si acaso perteneciera al bello sexo?

Ni la albarda ni el animal daban señales por donde pudiera resolverse este nuevo

problema. Sólo quedaba en pie una verdad inalterable, si la persona iba montada, debió de ser despedida. ¿Dónde se hallaría?

Preciso era dar la vuelta en busca de huellas del misterioso personaje, y así lo hice sin vacilar. Antes no había hecho caso, pero entonces descubrí la impresión de las herraduras de mi potro y de las del mulo, que se desviaban de la línea recta al cabo de un rato y conducían hasta el matorral de zarzas de donde Sahaf y yo habíamos oído anteriormente salir aquellos gritos indefinibles, que dieron motivo a una discusión.

De nuevo los oí y con todo el ronco y apagado sonido de una persona emparedada. Eché pie a tierra y me acerqué al matorral, que consistía principalmente en ramas entrelazadas de morales y frambuesos y parecía de todo punto impenetrable.

—¡*Jardim!*<sup>[62]</sup> —oí por tres veces seguidas con bastante claridad.

—¿Quién anda ahí? —pregunté entonces.

—¡*Chileka!* ¡*Chileka!* —contestó una voz femenina; y la palabra que decía, que significa fresa, indicaba la presencia de un ser perteneciente al sexo débil.

—¡Ahora voy! —grité a mi vez.

Recorrí todo el lindero del matorral hasta encontrar el sitio por donde se había operado «la rotura» y que en parte ofrecía entrada y camino. Penetré resueltamente con ayuda de mi cuchillo de monte y me hallé en el borde de una hondonada en forma de cazuela o embudo, pero no llena, como me figuraba yo, de maleza, sino de tapices y otros objetos semejantes.

Por aquel lado debió de entrar el mulo. En el fondo, sentada sobre tan blanda base, había una mujer de corpulencia tal como yo no había visto otra en mi vida.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gemía la infeliz gordinflona; pero en cuanto me vio, dando un chillido se ocultó el rostro con la punta de una de las alfombras.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté.

—¡*Hacha!* ¡*Geri chek!* ¡*Jachmak-üm, jachmak-üm!*<sup>[63]</sup>

Antes pedía socorro y ahora me echaba porque llevaba la cara descubierta. Al lanzar un vistazo a mi alrededor descubrí el velo, hecho jirones, entre las espigas del zarzal.

—*Burada; al mendil-im*<sup>[64]</sup> —le dije, y después de atar en el que llevaba en el bolsillo unas piedrecitas se lo tiré al hoyo.

—*Chevir büs bütün, tamambü-tün.*<sup>[65]</sup>

Yo la obedecí.

—*Tekrar etrafynda*<sup>[66]</sup> —me ordenó después.

Me volví a ella y la encontré con la cara cubierta con mi pañuelo, precaución inútil, pues ya había visto a mis anchas aquella carátula roja como un pimiento y con unas mejillas colgantes como bolsas.

Si llega a ser hombre y se presenta en la fiesta gimnástica de Leipzig de seguro que en la «sección de los gordos» se lleva el primer premio, haciendo imposible toda competencia y rivalidad; pero tratándose de una señora y teniendo yo pretensiones de *gentlemen*, debo abstenerme de trazar aquí una descripción minuciosa de sus

personales condiciones.

Los orientales miden la belleza de la mujer por el enunciado siguiente: radio por radio por  $\pi$  multiplicado por el cuadrado del diámetro total, da, expresado en milímetros, la raíz cúbica del grado de belleza. Según este teorema aquel hoyo cercado de matorrales contenía un tesoro de valor incalculable.

Chileka llevaba un abrigo azul de mangas cortas, algo maltratado por las zarzas. Estas mangas cortas permitían verle los brazos, cubiertos de unos largos guantes de color rojizo, de exquisita hechura, pues aprisionaban la mano y el brazo sin hacer la más ligera arruga.

No sé yo de qué medios se valió para hacer un agujero en mi pañuelo, y por aquel original monóculo me contemplaba con gran interés. Luego soltó un suspiro ronco y tonante como un trueno lejano y me preguntó:

—Forastero, ¿quieres salvarme?

—Con mucho gusto —le contesté obsequiosamente.

—¿Podrás con mi peso?

Yo me asusté al oír tal pregunta, pero disminuido mi terror, repuse:

—¿Es imprescindible que cargue contigo?

—¡Ay, sí!

—¿No puedes andar?

—Imposible.

—¿Estás herida?

—¡Ya lo creo!

—¿Dónde?

—No lo sé.

—Pero sentirás dónde te duele.

—Todo el cuerpo.

—¿Has intentado ponerte en pie?

—No. No podría.

—Pruébalo, yo te ayudaré.

Sólo tres pies de profundidad tendría el hoyo, así es que de un salto estuve abajo y le alargué la mano.

Entonces ella lanzó un grito, diciendo:

—¡*Munibel!*<sup>[67]</sup> No me toques, que estoy descubierta.

—¿Dónde?

—Por los brazos.

—¡Cómo! ¿No llevas guantes?

—¡Ay, forastero, tú debes de estar ciego! Esto es el *pane*, el color rojo de la rubia.

En efecto, era verdad. Aquella Chileka, aquella fresa enorme, que había descubierto yo entre los zarzales, ostentaba la propia piel, teñida con los colores que manejaba en su oficio. Entonces comprendí por qué aquellos que supuse yo guantes no presentaban la menor arruga.

Al mismo tiempo comprendí otra cosa, la señora Fresa era pastelera y tintorera en una pieza; por tanto, me hallaba en presencia de la clara mitad del boyachy Bochak, en cuya busca iba, y aquella buena mujer era la madre de la amada del relojero, cuyos amores protegía.

¡Oh, fresa hermosa! Aquel a quien tú tomabas bajo tus alas protectoras como la gallina a sus polluelos, acababa de compararte con una rana, con un sapo, y tomaba tus gritos de angustia por el canto del asqueroso escuerzo cubierto de repugnantes verrugas. ¿Es posible que el amor no goce de mejor instinto y no logre adivinar, presentir la proximidad de su protectora?

Yo le pregunté desalentado:

—Pero ¿cómo quieres que te ayude si no permites que te dé la mano?

—Cógeme por detrás.

Di media vuelta a su alrededor para colocarme a su espalda y tendí los brazos.

—¡*Chayir, chayir!* ¡*Sen chapuk kycliylelanyr!*<sup>[68]</sup> —chilló con tal fuerza que me hizo retroceder espantado.

—¿Pues por dónde quieres que te coja? —le pregunté.

—No lo sé.

—Entonces habrá que probar de otro modo.

—¿Cómo?

—Ahí veo una cuerda que seguramente dejaron olvidada los que han depositado aquí estas mercancías; te ataré con ella.

—¡Por el pescuezo no!

—No, por la cintura.

Fui en busca de la cuerda, se la amarré por la cintura y me volví de modo que quedáramos los dos espalda con espalda; luego tiré de la cuerda con todas mis fuerzas, inclinándome hasta el suelo, y dije en tono de mando:

—¡*Gozet!* ¡*Bir... iki... achí!*<sup>[69]</sup>

Me enderecé poco a poco, la cuerda se puso tirante y yo me puse a tirar como de un cable. Era inútil.

—¡*Sür, sür!*<sup>[70]</sup> —grité exhausto por el esfuerzo.

—¡*Mumkinfiz!* ¡*Kayar-im!*<sup>[71]</sup> —gimió la infeliz, jadeando más que yo.

Solté entonces la cuerda y respiré a mis anchas. ¡Qué mujer más torpe, Dios mío! Verdad es que el fondo de alfombras sobre el cual yacía aquel fresón-mamut era harto resbaladizo y formaba un plano inclinado, por lo cual el intento de sacar de él aquella carga fenomenal exenta de movilidad, constituía un verdadero problema; y confieso que aterrado ante tal dificultad y viéndome rodeado por las espinosas ramas, tuve una ocurrencia diabólica y hasta criminal, que rechacé inmediatamente.

—¿No sabes aún dónde estás herida? —le pregunté.

—Sólo sé que lo estoy.

—¿Dónde?

—En todas partes. ¡Alá bendito, qué dirá la gente cuando se entere de que he



estado aquí sola contigo!

—No te preocupes; nadie lo sabrá.

—¿No lo contarás, verdad?

—Callaré como un muerto. Además yo soy forastero aquí.

—¿No eres de la tierra?

—No.

—¿Pues de dónde?

—De muy lejos; de Occidente.

—¿Entonces no eres musulme?

—Soy cristiano.

—¿Es verdad que vuestras mujeres van con la cara descubierta?

—Así es.

—Pues entonces no es necesario que yo me cubra, la mirada de un cristiano harto de ver mujeres, no puede ofenderme. Dame las manos.

Se las tendí; la gorda se agarró de ellas como un náufrago a la tabla de salvación, y yo empecé a tirar como de un carro hasta que aquella mole humana estuvo en pie.

¿Encerraba un honor o un desprecio para mí el hecho de que no se considerara ofendida porque la vieran mis ojos? No traté de averiguarlo.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—Mucho, muchísimo.

—¿Cómo te caíste al hoyo?

—Se me espantó el mulo al pincharle las zarzas.

—¿Ibas montada en él?

—Sí.

¡Infeliz cuadrúpedo! Ya me arrepentía de haberle privado de su festín, pues bien merecidas se tenía las golosinas que le vi comer.

—Pero ¿por qué te metiste en estos zarzales?

—Iba... iba...

El rojo subido de la cara de Fresa tomó tintes purpúreos. Yo entonces miré a mi alrededor y me di cuenta de que el hoyo era un verdadero almacén.

—¿De quién son estas cosas? —le pregunté severamente.

—Yo... yo... yo lo ignoro.

—Pero sabías que estaban aquí ¿verdad?

—No.

—Yo no he de descubrirte, y además soy de fuera, de modo que no debes ocultar la verdad. ¡Gracias que no te descubriera cuando iba con el otro!

—¿No ibas solo?

—No, me acompañaba un joven de Kabach.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—En su casa, probablemente.

—¿Sabes cómo se llama?

—Sí, Sahaf Ali.

—¿Él, él? Por Dios, que no sepa lo que has visto aquí. ¿Le conoces de hace tiempo?

—Hoy le he visto por primera vez; pero me ha gustado mucho.

—¿Cómo has logrado encontrarme?

—He visto el camino sembrado de roscas y bollos y por fin he dado con tu mulo, que se había quedado cogido del ronzal en unas matas. Le he atado y he seguido sus huellas hasta encontrarte.

—Ese mulo es tonto. Ahora tendré que recoger todos los bollos y apenas puedo bajarme. ¿Me ayudarás tú?

—Con mucho gusto.

—Pues, vamos.

—¿Podrás subir arriba?

—No, tendrás que tirar de mí o empujarme.

—¿Teniendo tantas cosquillas?

—Desde que sé que eres cristiano, ya no.

¡Vaya, vaya! Aquella dama tan descomunal tenía un sistema nervioso extraordinario. Recorrí y examiné el depósito de tapices y le dije:

—¿A qué pueblo pertenece este terreno a Kochikavak o a Chinibachlü?

—A Chinibachlü.

—¿Qué casta de hombre es vuestro kiaya?

—Yo no le puedo ver —contestó ella francamente.

Sabía lo bastante. El azar me había puesto en las manos unos triunfos que yo pensaba jugar en favor del librero.

—¿Vienes? —me preguntó.

—Vamos.

La cogí de la mano y la llevé hasta el lindero de zarzales.

—Se me engancharán los vestidos —observó Fresa.

—Yo te abriré paso cortando las zarzas con mi cuchillo.

—¡No, no, por Alá! —murmuró temerosa—. No lo hagas.

—¿Por qué no?

—Porque está prohibido.

—¿Quién lo ha prohibido?

—Ese pícaro kiaya.

Yo comprendí en el acto. Aquel hoyo era un escondite precioso para el tráfico ilegal de su marido. Las zarzas eran impenetrables, pero debía de haber algún paso oculto por donde entrar con facilidad; y si yo cortaba el ramaje, el escondite quedaba expuesto a ser descubierto, cosa que ella quería evitar a toda costa.

## CAPÍTULO 10

### La mujer del panadero

—¿A dónde ibas con los bollos? —le pregunté.  
—A Gölchik, cuando se me espantó el mulo.

Sin duda sabía ella que las mercancías habían sido depositadas allí la noche anterior y la picara curiosidad la había desviado del camino para ir a verlas, y había hostigado a su caballería hasta los zarzales; y el animal, para huir de las espinas, había atravesado al galope el matorral soltando por cima del hoyo su preciosa carga.

—¿De dónde vienes? —me preguntó.

—De Kochikavak.

—¿Y adónde vas?

—A Chinibachlü y Kabach.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Visitar a Alí Sahaf.

—¿De veras? Dime, ¿me harías un favor muy grande, buen extranjero?

—Con mucho gusto.

—¿Llevarle un encargo de mi parte?

—No hay inconveniente.

—Lo malo es que no lo tengo aquí, sería preciso que me acompañaras hasta mi casa.

Esto era lo que yo quería; sin embargo, repliqué:

—Creí que ibas a Gölchik.

—Ya no, no me puedo fiar del mulo. Ahora debo decirte que mi marido debe ignorar lo del encargo para Alí.

—Lo ignorará. ¿Quién es tu marido?

—Se llama Bochak y es *boyachy* y *etmekchy*. Yo no le diré nada de nuestro encuentro y tú también guardarás silencio absoluto.

Aquel buen fresón contaba con mi silencio como cosa hecha. Luego añadió:

—Sólo diré a mi marido que se me ha espantado el mulo y me ha tirado al suelo; que tú lo has cazado y que me has acompañado a casa. ¿Entendido?

—¿Qué piensas enviar a Sahaf?

—Lo sabrás a su tiempo, ahora me interesa salir de aquí cuanto antes.

No era empresa fácil ayudar a encaramarse a aquella Fresa descomunal y sacarla al través de los espesos matorrales; pero al fin la operación se realizó con felicidad.

—Volverás a cerrar con todo cuidado el paso que hemos abierto —me ordenó la mujer con actitud resuelta—. Es preciso que nadie sepa que se puede pasar por esta maleza.

—Eres precavida, y haces bien.

Me puse a cumplir sus perentorias órdenes, de lo cual saqué las manos llenas de pinchazos y espinas.

—¡Así! —dijo la Fresa, en cuanto vio tan bien cumplidos sus deseos—. Eres hombre hábil; te estoy muy agradecida. Ahora hazme el favor de montarme en tu potro.

—Te aconsejo que vayas a pie.

—¿Por qué?

—Mi caballo no ha llevado nunca señoras.

—Eso no importa.

—¡Vaya si importa! Además, fíjate en la silla, poco a propósito para las tiernas carnes del sexo débil, y tan estrecha que no cabrias en ella.

—Pues desensíllalo y montaré en pelo. Así no faltará sitio.

—Perderíamos mucho tiempo. Además tenemos que ir recogiendo los bollos que tu mulo ha regado por el suelo. No está lejos de aquí el animalito.

—¿Lo has sujetado bien? Tanto mejor. Para complacerte iré hasta allí a pie aunque temo que el ajetreo no me siente bien; soy propensa a sofocaciones en cuanto me muevo y tengo que pararme a menudo hasta recobrar el aliento. El andar me causa palpitaciones y luego me da tos y estornudo y me pongo a morir.

Cogí a mi potro de las riendas, le ofrecí a ella el brazo y nos pusimos en camino. En cuanto hubimos dado treinta pasos empezó a soplar y jadear, y se impuso una pausa hasta que recobró la respiración y pudo decir:

—Ya empezamos; necesito apoyarme en ti y que andemos más despacio.

Seguimos, pues, a paso de procesión y en cuanto llegamos junto al primer bollo, me ordenó:

—Mira, allí hay una franchela; recógela.

Yo obedecí sin chistar.

Al poco rato llevaba todo un brazado de panecillos, roscas y bollos y tenía que cuidar de mi caballo y llevar casi a rastras a la panadera. Algunos pasos más allá, volvió ésta a pararse y juntando las manos exclamó:

—¡Alá, Alá! Ahí veo todo un montón de mantecadas. Ese mulo debe de tener un nido de ratones en la cabeza para arrojar al suelo tan exquisito bocado. Recógelas enseguida.

—Al momento, pero dime qué hago de lo que llevo.

—Envuélvelo todo en tu abrigo.

—¡Allah l' Allah! ¿Pero no ves qué color tiene?

—Es blanco, puro como la nieve de la sierra. Apuesto a que es nuevo.

—En efecto, no es viejo y me costó doscientas piastras.

—Mejor, pues nunca consentiría yo que mis mercancías se envolvieran en un abrigo sucio.

—Alá te ha concedido el bello don de la limpieza. Debes agradecersele todos los

días de tu vida, pues el aseo es el adorno máspreciado de la mujer. Pero a la vez me permito advertirte que yo gozo también de ese don divino, y me dolería en el alma y se me encogería el corazón si mi hermoso abrigo quedara lleno de lamparones de manteca o grasa.

—La manteca es cosa rica y llevar manchas de ella no es ningún desdoro. ¡Si fuera de aceite de pescado o grasa de caballo!

—Pero al ver las manchas nadie podrá distinguir si son de aceite o de manteca.

—Amado señor, tú eres un caballero distinguido y por tanto debe serte indiferente lo que piense la gente acerca de los lamparones de tu abrigo. Póntelo luego del revés y nadie se entera.

—¿Ignoras que está prohibido quitarse ropa alguna en presencia de una mujer?

—¿Qué importa? Eres mi amigo y salvador y además debajo del abrigo llevas chaqueta y chaleco que te cubren.

—No obstante, no me decido a faltar a las leyes de la cortesía y de la modestia. Permite, pues, que envuelva los pasteles en la manta de mi caballo.

—¿Está limpia?

—Así lo creo, pues acostumbro sacudirla a diario.

—Conviene que me convenza antes. Dale unos cuantos golpes.

El incidente me divertía de veras. Nunca me había dado por sacudir la manta que, arrollada en la silla, ostentaba una capa de polvo más que regular. La desenrollé a la vista de mi dulce Fresa, quien insistió en su idea:

—Sacúdela un poco.

Obedecí en el acto y una nube de polvo nos envolvió a los dos, no obstante lo cual, manifestó la panadera:

—Está limpia, bien se ve, y así puedes ya envolver en ella todos estos pasteles.

Formé con la manta una especie de saco en el cual fuimos metiendo todos los bollos que íbamos encontrando por el camino. Finalmente, llegamos al matorral donde había yo atado el mulo y al ver la pastelera los cestos volcados y vacíos levantó los puños en alto y gritó:

—¡Oh Allah! ¡Oh Ayecha! ¡Oh Fathma! ¡Cuántas calamidades ha causado este animal! ¡Vacíos los cestos y los bollos por el suelo y faltan más de la mitad! ¿Dónde están? —exclamó dirigiéndome una mirada inquisitorial que me puso los pelos de punta, mientras añadía con acento receloso:

—*Effendi*, mis dulces son muy sabrosos y saben a gloria.

—No lo dudo.

—¿Te gustan los dulces?

—A veces.

—¿Te has comido los que faltan?

—No.

—Dime la verdad; no me enfadaré con tal que me los pagues.

—Te aseguro que no he sido yo, bella Chileka.

—Entonces ¿dónde están? Tengo que dar a mi marido estrecha cuenta de todos los pasteles.

—No han sido comidos, sino pacidos.

—¿Pacidos, dices?

—Sí, por ese mulo pecador.

—¡Ay de mí! ¡Qué picardía! ¡Qué crimen! ¿Juzgas posible que ese infame se los haya zampado?

—Yo mismo le he sorprendido infraganti.

—Pues nunca le he conocido esos vicios. ¡Hipócrita! ¡Farsante! *Effendi*, ¿quieres hacerme un favor?

—¿No te he demostrado ya hasta la saciedad que me muero por complacerte?

—Hasta ahora, en efecto, te has mostrado servicial. Coge, pues, tu látigo y dale a ese goloso en la cabeza, de modo que las orejas le hagan molinetes.

—Me guardaré mucho de hacerlo.

—¿No? ¿Y por qué?

—Porque sería atormentar a un animal.

—Eso a ti nada te importa, el mulo es mío.

—En efecto.

—Pues si es mío puedo hacer de él lo que quiera. Conque dale de firme.

—Perdona que no te obedezca. ¿Acaso has advertido alguna vez al mulo que esos manjares le estaban prohibidos?

—No.

—Pues entonces has cometido una gran falta, el animal se ha considerado con derecho a probarlos por ser de propiedad de su ama. Otro día antes de salir de tu casa con él, se lo adviertes.

—Es lo que voy a hacer ahora mismo, y creo que lo que yo le advierta le va a abrir las entendederas.

Y arrancándose el látigo de la mano se acercó decidida al cuadrúpedo, que la miró escamado y empezó a mover recelosamente las orejas. Fresa apostrofó al culpable con la siguiente rociada:

—¿Qué has hecho, infame? ¿Sabes lo que eres tú? Un granuja, un pillo de marca mayor. ¡Toma, para que te acuerdes!

Y le dio un terrible latigazo en la cabeza.

—¡Un pícaro goloso!

Nuevo latigazo.

—¡Un hipócrita indecente!

El tercer latigazo fue al aire, porque el mulo, que no debía de ser un modelo de buena educación ni tener gran respeto a su dueña y señora, dio media vuelta, presentándole la grupa y le largó un par de coces. Ocurrió esto con tal rapidez que apenas tuvo tiempo para quitarla de en medio. La cólera de Fresa se había trocado en espanto, y la infeliz se quedó temblando de pies a cabeza mientras balbucía:

—*Effendi*, ¿qué ha intentado hacer? Me ha tirado una coza, ¿verdad?

—Sí.

—¡Bestia indigna y desagradecida! ¿No sabes si me ha dado?

—No lo creo. ¿Sientes algún dolor?

—¡Claro que sí! Pero casi me atrevería a asegurar que no me ha alcanzado la coza.

—Yo opino lo mismo.

—¡Alá sea bendito! ¡Figúrate que me da en el pecho! A estas horas sería yo cadáver. O en la cara, y me deja sin dientes para todo el resto de mis días. No volveré a castigar a semejante monstruo.

—Harás muy bien. Ya te había dicho yo que no le pegaras, pero no has querido hacerme caso.

—Ese mulo es mío, ¿cómo ha podido atreverse a levantarme la mano, digo, la pata? Estoy todavía tan aterrada, que tiemblo de miedo. ¿No lo ves?

—Sí, lo veo, sí.

—Sostenme.

—¿Tan mal te encuentras?

—Sí, malísimamente, no me queda otro remedio que sentarme en el suelo hasta que me reponga un poco.

Cualquier dama, de figura un poco más etérea, habría tratado de adoptar una postura entre estética y pintoresca al dejarse caer al suelo. También Chileka hizo un amago de tentativa en tal sentido; pero el peso de su cuerpo era tan excesivo, que perdió el equilibrio y dio con su cuerpo en tierra, con velocidad tan extraordinaria que apenas tuvo tiempo de apartar el cesto en que iba a hundirse.

—Gracias, gracias —me dijo Fresa—. Ahora recobraré el resuello y se me irá el ahogo.

En efecto, la mujer jadeaba como una locomotora, y cuando hubo hecho suficiente provisión de aire, continuó:

—Ahora recoge en los cestos todo lo que ha quedado de dulces y átalos a la jamuga; en cuanto esté todo listo echaremos a andar.

Obedecí en el acto, devanándome de paso los sesos para averiguar de qué modo podría conseguir que aquella mujer subiese a lomos del mulo, cuando hartado trabajo representada volver a ponerla en pie. Conseguí esto por fin, cuando llegó el momento, y entonces la gorda se puso a mirar a su alrededor muy compungida.

—¿Qué buscas? —le pregunté.

—Una escala, una escalerilla.

—¡Vaya! ¿Cómo quieres encontrar semejante chisme en este desierto?

—¡Es que la necesito para montar!

—¡Pues ahora sí que estamos frescos!

Y a mi vez volví los ojos a mi alrededor con verdadera ansiedad.

—Mira, allá abajo veo un tronco roto que puede servirme de apoyo. Llévame allá. Después de inauditos esfuerzos logré subirla al tronco y de allí a la jamuga del

mulo, que pareció que iba a quedar aplastado bajo tal mole, pero se animó a trotar cuando conoció que íbamos hacia el pueblo. Al cabo de un buen rato vimos los diseminados caseríos.

—¿Es eso Chinibachlü?

—No, es Chinibachlü-Pequeño, donde vivimos nosotros.

Llegamos al poblado y después de pasar por delante de unos míseros edificios, llegamos a uno mayor, a cuya entrada se dirigió mi compañera. En el corral donde penetramos había grandes cubos empotrados en el suelo y llenos de líquido de colores. Estábamos en la tintorería del panadero Bochak.

La amazona lanzó un grito penetrante, que repitió unas cuantas veces y entonces se abrió una caseta de tablas y apareció a recibarnos un hombre con cara de pájaro y cuyo total indumento consistía en una especie de taparrabo. Pero no fue esto lo que más me chocó, sino el extraño color de su piel. Sus carnes brillaban con todos los matices de la gama de colores, desde el castaño más oscuro hasta el amarillo más chillón. Al mismo tiempo ponía una cara tan grave como si su tipo y su colorido fueran lo natural y corriente.

Yo eché pie a tierra en espera de los acontecimientos, lleno de curiosidad.

—Sychyrda, la escala —ordenó Fresa en tono de mando.

¿Es decir que aquel hombre, con cara de pájaro, por más señas se llamaba *estornino*? En efecto, hay aves de este nombre que son verdaderos ejemplares zoológicos, como sabe todo ornitólogo entendido.

El hombre entró majestuosamente en la casa por la puerta trasera y volvió con una escalerilla de mano que apoyó en el mulo y por la cual bajó la amazona con relativa comodidad.

—¿Qué es de mi marido? —preguntó después.

—No lo sé.

—Algo estará haciendo.

—No lo creo.

—Tonto, ¿dónde está?

—Lo ignoro.

—¿Está en la sala?

—No.

—¿En la alcoba?

—Tampoco.

—¿Pues dónde?

—No lo sé.

—¿Está en casa, siquiera?

—No.

—¿Ha salido?

—Sí.

—¿Por qué no lo decías enseguida? Llévate a este animal.



Aquel arco-iris viviente había respondido al interrogatorio con tal solemnidad como si se tratara de una cuestión de vida o muerte. Luego cogió al mulo del ronzal para llevárselo a la cuadra.

—¡Descárgalo antes, animal! —gritó la panadera indignada.

El hombre no hizo más que asentir con un movimiento de cabeza y procedió a desatar los cestos.

—Entra conmigo, *effendi* —me dijo la mujer, dirigiéndose a la casa.

Después de atar a mi potro a un poste del corral, la seguí sin hacerme de rogar.

Me recibió un fuerte olor a manteca y a lejía caliente. A la izquierda descubrí un artefacto que debía de ser el horno de cocer pan, pues no era presumible que en la casa hubiese una madriguera de tejones, que era a lo que más se parecía semejante armatoste.

## CAPÍTULO 11

### La que otorga la felicidad

En cuanto traspusimos la entrada de la habitación de la derecha, se presentó a mis ojos un ejemplar duplicado, pero rejuvenecido, de aquel enorme fresón, y en el cual hube de reconocer a la hija de mi compañera de viaje.

Iba vestida a la búlgara, aunque en traje de casa; no carecía de cierta regularidad en las facciones, y poseía la más codiciada belleza de los orientales, una corpulencia y crecimiento que podían competir con los de su madre.

Estaba la joven junto a unos cuencos de leche, que desnatava con los propios dedos y llevándose la nata a la boca abierta de par en par.

—Ikbala ¿qué estás haciendo? —le preguntó la madre cariñosamente.

—*Derisini chykar-im.*<sup>[72]</sup> —contestó la interpelada.

—¿Dónde echas la nata?

—*Aghyz ichine.*<sup>[73]</sup>

—¡Has de echarla en una fuente y no en tu boca!

—¡Está tan rica!

La razón no podía ser más convincente y como tal la aceptó la madre, pues acercándose a la hija la golpeó tiernamente en la mejilla, diciendo:

—¡*Benim chüslüka!*<sup>[74]</sup>

La golosilla me miró después con ojos de asombro y la madre observó:

—Este *effendi* viene a descansar en nuestra casa.

—¿Por qué?

—Ha caminado mucho.

—Pues que se acueste en el campo. ¿Cómo puedes tratar con un extraño yendo sin velo, y meterle en casa cuando sabes que tampoco llevo el velo yo?

—Es un amigo, mi salvador.

—¿Te has visto en algún peligro?

—En peligro de muerte.

La expresión de los ojos de la niña perdió algo de su severidad al decir:

—No es posible que estés ya de vuelta. ¿Qué te ha pasado en el camino?

—Una cosa terrible.

—Dilo de una vez.

—Una desgracia.

—Eso supongo; pero ¿de qué clase?

—No me acordaba de que es hoy uno de los cincuenta días nefastos del año, pues si no, no me muevo de casa. Apenas había caminado un trecho cuando, de pronto, se abre la tierra a mis pies...

—¡Alá! —exclamó la hija aterrada.

—Y vomitando humo azul...

—¡*Vai sana!*<sup>[75]</sup>

—... Del cual salió un trasgo, un espíritu que extendió sus ciento cuarenta y cuatro garras para cogerme...

—¡Alá bendito! ¡Hay tantos fantasmas por el mundo y son tan malos...!

—En efecto, hija mía, el mulo se asustó, lo mismo que yo, y al huir me despidió por las orejas. Ya sabes que monto bien, pero no obstante me vi en tierra, mientras el animal se escapaba como una flecha.

—¡Qué espanto! ¿Y no lo pudiste coger?

—Yo no. Este *effendi* es el que lo ha cazado, me ha levantado del suelo y me ha acompañado hasta aquí. ¿Dónde está tu padre?

—Ha ido al pueblo.

—¿A qué?

—A comprar almendras y pasas.

—¿Ha dicho cuándo volvería?

—Ha dicho que no tardaría mucho.

—Pues atiende tú al *effendi* mientras voy a mudarme la ropa.

Iba a salir por la puerta del fondo, cuando su hija la cogió del brazo, diciendo:

—Dime antes en qué quedó lo del fantasma.

—No tengo tiempo, el *effendi* te lo explicará.

Así escapaba la muy embustera dejando a mi cargo el Anal de la leyenda que había forjado.

Durante el diálogo entre madre e hija me había sentado yo en una esterilla arrimada a la pared. La joven Ikbala, la que otorga la felicidad, al encontrarse a solas conmigo, se azoró y después de una larga pausa acabó por iniciar de este modo la conversación:

—¿Estás cansado, *effendi*?

—No.

—¿Tienes ganas de comer?

—Tampoco, niña mía.

—¿Y sed?

—Hace calor y si me hicieras el favor de un poco de agua fresca, te lo agradecería, flor de estos pensiles.

Entonces cogió Ikbala uno de los cuencos de leche que acababa de desnatar con sus delicados dedos y alargándomelo me dijo:

—Bébetes esta leche, está fresca y te gustará. ¿O preferirías leche de cabra?

—¿También está desnatada?

—Sí, toda.

—Entonces dame agua, pues a mí la leche me gusta con su nata.

Salió de la habitación y me trajo una escudilla de agua que olía como si hubiera

estado reblandeciéndose en ella una petaca vieja o hubiera servido para lavar a un perro de aguas.

—¿De dónde has sacado el agua? —le pregunté mientras corría por todo mi cuerpo un escalofrío.

—De la artesa de amasar.

—¿No tienes otra?

—Sí, cerca de casa corre un arroyuelo.

—¿No podrías traerme un vaso de allí?

—Con mucho gusto, pero no podrías beberla.

—¿Por qué no?

—Hierva toda en ranas y sapos tan grandes como un mastín, o por lo menos como un erizo de los gordos.

—¿No tenéis pozo?

—Sí; pero se crían en él unas sabandijas largas y gruesas como anguilas.

—¡Ay de mí, renuncio entonces al refresco!

—Lo que puedo ofrecerte es un mosto exquisito.

—¿De veras?

—Dulce como la miel.

—A ver, lo probaremos.

Salió otra vez la joven y volvió con media calabaza llena de un líquido de aspecto tremebundo. Lo olí y me propuse usar de la mayor reserva.

—¿De qué hacéis este mosto? —pregunté a la chica con gran desconfianza.

—De moras, bayas de serbal y limones. Se aromatiza con hongos amarillos y se endulza con jarabe. Te refrescará y fortificará como un sople de aire del paraíso.

¿Conque eran sus componentes moras, ya de por sí insípidas; bayas de serbal, pasto de pájaros; y agrios limones, y estaba aromatizado con hongos amarillos y endulzado con jarabe? El lector puede figurarse cuál había de ser el sabor y los efectos de tan extraño brebaje, cuyas consecuencias tenían que ser, forzosamente, unos retortijones de tripas o algo parecido.

Pero tanto me acuciaba la sed, que me llevé la calabaza a los labios y cerrando los ojos me eché unos cuantos tragos al colete. Entonces me cogió la muchacha el brazo, para contenerme, diciendo:

—Alto, *effendi*, un trago no más, no más que uno.

—¿Por qué? —le contesté apartando de mis labios el brebaje.

Pero en cuanto lo hube hecho noté el repugnante sabor de aquella mezcolanza.

—Porque da retortijones, terribles retortijones —replicó ella.

—Entonces ¿por qué me lo dabas?

—Porque es cosa buena; pero no hay que abusar; solamente un sorbo, así...

Y cogiendo la calabaza tomó un sorbo lento y largo, poniendo una cara tan extática como si bebiera la esencia más pura del néctar de los dioses.

No pude menos de recordar en aquel momento el *kumís* que había saboreado en

las estepas kirguises y que las primeras veces por poco me hace caer de espaldas, hasta el punto de que hube de tomar el consejo de taparme las narices al beberlo; y en efecto, gracias a esa precaución, logré acostumbrarme al mefítico brebaje.

El mosto aquel no le iba en zaga y aun lo aventajaba en punto a condiciones pésimas; pero como, a Dios gracias, siempre he gozado de un estómago excelente, aquella tentativa de envenenamiento hecha por la bella Ikbala en obsequio mío, no tuvo ulteriores consecuencias.

En cuanto hubo bebido puso la calabaza en el suelo y enseguida se acercó un viejo gatazo tricolor, que introduciendo sus bigotazos en el cuenco, movió gravemente la cabeza y empezó a lamer, primero con cierta desconfianza y discreción y luego con visible placer.

—Bebe, bebe, gatito mío, disfruta, encanto y delicia mía —decía la joven turca acariciando al gatazo.

—¡Alto ahí! —exclamé en voz tan alta, que la muchacha retrocedió asustada.

—¿Qué te pasa, qué quieres? —me preguntó.

—No consientas que el animalito beba ese mosto.

—¿Por qué?

—Porque le darán retortijones, según dices.

—¡Ca! Ya está acostumbrado.

—Entonces ¿lo bebe con frecuencia?

—¡Ya lo creo!

—¿En ese mismo cuenco?

—¡Vaya, y que le gusta mucho! Antes de llegar tú ya había echado un buen trago.

¡No me faltaba más que eso! Todos, empezando por el gato, habíamos puesto nuestros labios en el mismo tazón; y, ¡con qué candidez e inocencia lo confesaba la niña! ¡Ay, Ikbala, qué falta te hace un poco de barniz de la Europa occidental!

Yo habría querido montar en cólera, mas venciendo mi repugnancia llevé la conversación al terreno que más debía agradarle:

—¿Y a Alí Sahaf también le obsequias con ese mosto?

Al hacer esta pregunta con la mayor indiferencia me dirigió la muchacha una mirada de asombro.

—Señor, ¿le conoces? —balbució por fin.

—¡Ya lo creo!

—¿Dónde le has visto?

—En el camino de Kochikavak acá, hace cosa de dos horas.

—¿Te ha hablado de mí?

—Me ha encargado que te salude en su nombre.

—Entonces te habrá confesado que me quiere.

—Sí, y algo más.

—¿Qué?

—Que tú le correspondes.

—Es verdad, nos queremos de todo corazón, por mí regresó de Arabia.

—¿Y os prohíben hablaros?

—Por desgracia. Mi padre no quiere.

—Pero tu madre protege esos amores...

—En efecto, si no fuera por ella, sería tan grande nuestra desdicha, que rebasaría el más alto alminar de los Estados del Señor de los Creyentes. No nos quedaría otro remedio que matarnos envenenándonos o tirándonos al río donde esté más hondo...

—¿Al riachuelo que me decías antes?

—A ese mismo.

—¿Pues no decías que bulle de escuerzos gordos como ranas y erizos?

—Sí; pero ya buscaríamos un sitio donde el agua estuviese clara.

—Y el veneno ¿de dónde lo sacaríais?

—Allí iría a buscarlo a Mastanly, donde hay dos boticas que lo venden.

—Acaso no sea necesario que recurráis a tan horrible extremo. Tu padre se reconciliará con Alí.

—¡Cá! Mosklán no lo consentirá.

—¿Qué Mosklán es ese?

—Un tratante en caballos y otras muchas cosas. Afortunadamente para ti no le conoces. A él me destinan por esposa.

—¡Vaya, vaya!

—¿No te lo ha contado Alí?

—Algo me ha dicho. ¿No usa ese Mosklán otros nombres además de ese?

La joven vaciló y no quiso contestarme.

—Puedes hablar con franqueza, que soy amigo de Alí —le dije entonces.

—No lleva otro nombre que el que te he dicho.

—Eso es falso, y el temor que le tienes te obliga a decir lo que no sientes — insistí.

—Yo no le conozco más que el de Mosklán —insistió también ella.

—Confiesa que has oído también nombrar a un tal Pimosa de Lopaticza.

Visiblemente azorada balbució la joven:

—¿Dónde iba a oírlo?

—Aquí, en tu propia casa.

—Estás en un error.

—Como quieras; pero te advierto que para ti es el mal.

—¿Por qué?

—Si confesaras lo que es ese Pimosa y a qué se dedica, acaso consiguiera yo que tu padre aprobara tus amores con Alí.

—¿Qué puedo hacer yo, Dios mío?

—Te advierto que he venido aquí con el exclusivo objeto de hablarte, para ver, si me agradabas, de obligar a tu padre a recibir por yerno a Alí.

—¿Qué quieres que haga?

—No debo decírtelo, puesto que no eres sincera y franca conmigo. Yo habría sabido obligar a tu padre a dar hoy mismo su consentimiento; hoy mismo, ¿te enteras?

—Pero ¿te parece eso factible?

—Claro que sí; pero puesto que no tienes confianza en mí, estoy de más en esta casa y me voy ahora mismo.

Iba a levantarme, cuando la joven me retuvo, diciéndome:

—Señor, no te muevas. ¿Quién eres para que puedas ejercer tal violencia en mi padre?

—Soy un *effendi* de Occidente, estoy bajo la sombra protectora del Padichá y puedo someter a tu padre a mi voluntad. Pero ya he perdido mucho tiempo en discusiones y me voy.

—Quédate, señor, y te diré toda la verdad.

—Así obrarás prudentemente y en tu propio provecho, te lo aseguro. Dime ahora quién es Pimosa.

—Le conozco; perdona mi embuste anterior.

—Estás perdonada, sé que la consideración a tu padre te obligaba a mentir.

—¿Me prometes no perjudicar a mi padre?

—Te lo prometo.

—Dame tu palabra.

—La tienes, cuando prometo cumplo mis palabras al pie de la letra; pero ahora dime quién es ese Pimosa.

—No se llama Pimosa, sino a ratos, pues es ese mismo Mosklán con quien se empeñan en casarme.

—Ya lo sabía. ¿Qué profesión tiene, además de chalán?

—Es contrabandista y mandadero del Chut.

—¿Le ha traído alguna vez a tu padre alguna orden del Chut?

—Sí.

—¿Cuál?

—Lo ignoro.

—¿Se dedica también tu padre al contrabando?

—No, señor.

—Di la verdad.

—No es contrabandista; sólo que los géneros que pasan los contrabandistas...

La muchacha se interrumpió.

—¿Qué? Habla.

—Vienen a parar a sus manos.

—¿Los ocultan aquí, en tu casa?

—No, en el campo.

—¿Dónde?

—Me está prohibido revelarlo, señor. Tanto mi madre como yo estamos

juramentadas...

—No necesitas faltar a tu juramento, pues yo conozco el escondite tan bien como tú.

—Imposible, y más siendo extranjero.

—A pesar de eso. Está en un hoyo, en medio de un zarzal.

La joven levantó los brazos al cielo, exclamando:

—¡Alá, Alá! ¡Lo sabe!

—Ya lo ves; y además he visto las mercancías almacenadas.

—¿Qué son?

—Gran cantidad de tapices.

—¿Es verdad, es verdad! ¡Oh, Alá! ¿Quién te ha descubierto el secreto?

—Nadie. ¿De dónde proceden los tapices?

—De muy lejos, vienen embarcados hasta Makri, donde los recoge nuestra gente y los lleva a Gümürchina y los trae aquí.

—¿Y desde aquí adónde van?

—A Sofía, y desde allí tierras adentro, no sé adónde.

—¿Tiene el Chut parte en el contrabando?

—No. El jefe principal de los contrabandistas es un tal Silahchi, de Ismilán.

—Ya. El tal sujeto posee un káhvehane, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y vive en la callejuela que da al poblado de Ichatak?

—*Effendi*, ¿tampoco le conoces?

—He oído hablar de él. ¿Cómo se llama?

—Deselím.

—¿Viene a menudo a tu casa?

—Sí, hoy o mañana tiene que venir.

—¿Para disponer de los tapices del hoyo, seguramente?

—En efecto, hay que transportarlos.

—¿Vienen más hombres con él para cargarlos?

—Algunos; los demás son de estos alrededores.

—De Chinibachlü, sin duda.

—Sí, de allí y de los poblados próximos.

—¿Quién los avisa?

—Mi padre.

—No será en persona...

—No, envía al oficial tintorero, que los conoce a todos.

—¿Es el mismo que ha ayudado a tu madre a bajar del mulo?

—Ese mismo. Lleva la cara pintarrajeada; pero es astuto y valiente como él solo.

Chitón, que viene alguien.

En la entrada sonaron unos jadeos y resoplidos extraños.

—A... buh... a... buh...



—Es mi padre —me dijo la joven—, haz porque no advierta que nos hemos hablado.

Y desapareció por la puerta por donde había salido su madre.

Yo me dije que se acercaba un momento en que debería apelar a toda mi diplomacia; mas, por si acaso, con movimiento instintivo me cercioré de que mis armas seguían en el cinto, preparadas para cualquier contingencia.

**FIN DE «LOS CONTRABANDISTAS BÚLGAROS»**

VÉASE EL EPISODIO SIGUIENTE  
**«EL MENDIGO DEL BOSQUE»**

# COLECCIÓN DE «POR TIERRAS DEL PROFETA I»

**P**or Tierras del Profeta es el título genérico de las series de aventuras ambientadas en Oriente, escritas por Karl May. Están protagonizadas por Kara Ben Nemsi, el mismísimo Old Shatterhand (protagonista de la serie americana del mismo autor) ahora visitando un Imperio Otomano en plena decadencia.

## **A.- A través del Desierto (*Durch die Wüste*, 1892).**

1. El rastro perdido (*Die verlorene Fährte*).
2. Los piratas del Mar Rojo (*Die Piraten des Roten Meeres*)
3. Los ladrones del desierto (*Die Räuber der Wüste*).
4. Los adoradores del diablo (*Die Teufelsanbeter*).

## **B.- A través de la salvaje Kurdistán (*Durchs wilde Kurdistan*, 1893).**

5. El reino del Preste Juan (*Das Reich des Prester Johannes*).
6. Al amparo del sultán (*Unter dem Schutz des Sultans*).
7. La venganza de sangre (*Die Blutrache*).
8. Espíritu de la caverna (*Der Geist der Höhle*).

## **C.- De Bagdad a Estambul (*Von Bagdad nach Stambul*, 1894).**

9. Los bandoleros curdos (*Die kurdischen Banditen*).
10. El príncipe errante (*Der irrende Prinz*).
11. La caravana de la muerte (*Die Todeskarawane*).
12. La pista del bandido (*Die Spur eines Banditen*).

## **D.- En las gargantas de los Balcanes (*In den Schluchten des Balkan*, 1895).**

13. Los contrabandistas búlgaros (*Die bulgarischen Schmuggler*).
14. El mendigo del bosque (*Der Waldbettler*).
15. La hermandad de la Kopcha (*Die Bruderschaft der Koptscha*).
16. El santón de la montaña (*Der Eremit vom Berge*).

## **E.- A través de las tierras de Skipetars (*Durch das Land der Skipetaren*, 1896).**

17. En busca del peligro (*Auf der Suche nach der Gefahr*).
18. La cabaña misteriosa (*Die geheimnisvolle Hütte*).
19. En las redes del crimen (*Im Netz des Verbrechens*).
20. La Torre de la Vieja Madre (*Der Turm des alten Mutter*).

**F.- El Schut (*Der Schut*, 1896).**

21. Halef el temerario (*Halef, der Tollkühne*).
22. La cueva de las joyas (*Die Juwelenhöhle*).
23. El fin de una cuadrilla (*Das Ende einer Bande*).
24. El hijo del Jeque (*Der Sohn des Scheiks*).



KARL «FRIEDERICH» MAY. (25 de febrero, 1842 – 30 marzo, 1912) fue un escritor alemán muy popular durante el siglo xx. Es conocido principalmente por sus novelas de aventuras ambientadas en el Salvaje Oeste (con sus personajes Winnetou y Old Shatterhand) y en Oriente (con sus personajes Kara Ben Nemsí y Hachi Halef Omar).

Otros trabajos suyos están ambientados en Alemania, China y Sudamérica. También escribió poesía, una obra de teatro y compuso música (tocaba con gran nivel múltiples instrumentos). Muchos de sus trabajos fueron adaptados en series, películas, obras de teatro, audio dramas y cómics.

Escritor con gran imaginación, May nunca visitó los exóticos escenarios de sus novelas hasta el final de su vida, punto en el que la ficción y la realidad se mezclaron en sus novelas, dando lugar a un cambio completo en su obra (protagonista y autor se superponen, como en «La casa de la muerte»).

# NOTAS

[1] Sereno. <<

[2] Paciencia, paciencia. <<

[3] ¡Ay de mí! Tenga cuidado. <<



[4] ¡Ay de ti, ay de ti! <<

[5] ¡Socorro, socorro! <<

[6] Virrey. <<

[7] Capa. <<

[8] Botas turcas. <<

[9] Bigote. <<

[10] Armero. <<

[11] Cafetín. <<



[12] Policía. <<

[13] El ojo de Dios. <<

[14] Pagano. <<

[15] Oraciones. <<

[16] Dios te proteja. <<

[17] Tus años sean benditos. <<

[18] Vuestro final sea bueno, mi señor. <<

[19] Mareo. <<



[20] Cosaco. <<

[21] Tripas. <<

[22] Calzón. <<

[23] ¡Por Alá, que así es! <<

[24] Vuestra alteza. <<

[25] Vuestra excelencia. <<

[26] Mendigo. <<

[27] Rosa del Cielo. <<



[28] Tabaco chebeli. <<

[29] Tabaco de maíz. <<

[30] ¡Dios me libre! ¡Horrible! <<

[31] ¡Calla, por Dios! <<

[32] La Sublime Puerta. <<

[33] Pipa. <<

[34] ¡Una petaca! <<

[35] ¡Ay de ti! <<



[36] La sangre joven tiene el valor de diez mil. <<

[37] La precaución es la primera condición del crimen. <<

[38] Hermanastro. <<

[39] Medio hermano. <<

[40] ¡Atención! <<

[41] ¡Prestadme oído! <<

[42] ¿Quién hay ahí? <<

[43] ¡Dios nos proteja! <<



[44] ¡Hace mucho, mucho tiempo! <<

[45] Herradura. <<

[46] Herrero. <<

[47] Herrador. <<

[48] Hebilla o botón. <<

[49] Hacha. <<

[50] ¡Hola!, ¿quién hay? <<

[51] ¡Buenos días! <<



[52] ¡Dios te dé buena mañana! <<

[53] El amor. <<

[54] ¡Ay del ay! <<

[55] ¡Dios es grande! <<

[56] La que otorga la felicidad. <<

[57] ¡Dios le proteja! <<

[58] ¡A la paz de Dios! <<

[59] A mano derecha. <<



[60] La franca. <<

[61] No lo necesito, que te aproveche, corcel mío. <<

[62] Socorro. <<

[63] ¡Dios me libre! ¡Vete! ¡Mi velo, mi velo! <<

[64] Toma; tápate con este pañuelo. <<

[65] Vuélvete, vuélvete del todo, completamente. <<

[66] Da la vuelta ya. <<

[67] ¡Desgracia! <<



[68] ¡No, no!, ¡tengo cosquillas! <<

[69] ¡Atención! ¡A la una... a las dos... a las tres! <<

[70] ¡Tira tú también! <<

[71] ¡Imposible! ¡Resbalo! <<

[72] Estoy desnatando. <<

[73] A mi boca. <<

[74] ¡Golosilla mía! <<

[75] ¡Ay de ti! <<